

LA
VIDA CISTERCIENSE

EN EL MONASTERIO

DE

SAN ISIDRO DE DUEÑAS



— BURGOS —
TIPOGRAFÍA DE «EL MONTE CARMELO»
— 1928 —

G - 6330

DGCL
A

LA
VIDA CISTERCIENSE

EN EL MONASTERIO

DE

SAN ISIDRO DE DUEÑAS



————— BURGOS —————
TIPOGRAFÍA DE «EL MONTE CARMELO»
————— 1928 —————

CATA 32.976

c.B. 1037063

R.28112

AVISO

Este opúsculo, a excepción del Capítulo sexto, viene a ser un extracto del Directorio espiritual para el uso de los Cistercienses Reformados.

Comprende seis capítulos, tratándose respectivamente en ellos:

- 1.º *De la vida cisterciense.*
- 2.º *Del aspirante a la vida cisterciense,*
- 3.º *De la formación a la vida cisterciense.*
- 4.º *De la profesión de la vida cisterciense.*
- 5.º *De un día de la vida cisterciense.*
- 6.º *Del apostolado en la vida cisterciense.*

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

CAPITULO PRIMERO

Lo que es la Vida Cisterciense.

Beatísima Virgini Mariae, nos mancipatos esse profiteamur, Sanctae, Apostolicae Sedi, reverentiae, gratitudinis, et obedientiae debitum certatim impendimus, et per viam contemplationis, et penitentiae, spiritualis vitae perfectionem aemulamur. (Const. O. C. R. Decl. praevia).

Hacemos profesión de ser devotos especiales de la Virgen Stma., nos esmeramos en rendir testimonios de respeto, gratitud y obediencia a la Santa Sede, y nos esforzamos en trabajar por adquirir la perfección de la vida espiritual por medio de la contemplación y de la penitencia.

SUMARIO

1.—*Vida de sentidos.*—2. *Vida de razón.*—3. *Vida espiritual.*—4. *Vida espiritual (continuación): Vida de amor.*—5. *Vida espiritual (continuación): Vida de sacrificio.*—6. *Perfección de la vida espiritual.*—7. *La perfección de la vida espiritual y el religioso.*—8. *La perfección de la*

vida espiritual y el Cisterciense: Contemplación y penitencia.—9. *La perfección de la vida espiritual y el Cisterciense (Continuación): Devoción a María Stma.*—10. *La perfección de la vida espiritual y el Cisterciense (continuación): Amor de la Santa Sede.*

1.—VIDA DE SENTIDOS

El fin principal de toda existencia humana debe ser el cielo. El religioso trata de conseguir para sí el más alto puesto posible en la otra vida, y trabaja al propio tiempo por alcanzar para el prójimo la posesión de la eterna bienaventuranza. El cisterciense, busca el cielo mediante la perfección de la vida espiritual, a la que tiende por las vías de la contemplación y de la penitencia.

La vida de los sentidos, lejos de ser la vida espiritual, es todo lo opuesto a ella. El hombre, esclavo de su cuerpo, no sueña sino en placeres, honores y riquezas; no piensa en otra cosa que en procurarse la variedad de goces y en huir los trabajos de la vida. Para un hijo de Dios, que corre ansioso en pos de los bienes celestiales y eternos, la vida de los sentidos sería la más humillante degradación.

El esclavo de los sentidos trastorna enteramente los designios divinos. Preocúpase muy

poco de la gloria de Dios, y las facultades superiores que de El ha recibido para conocerle, amarle y servirle, apartándolas de su legítimo y glorioso destino, las emplea en busca de los vanos placeres de la tierra.

Esto constituye el desorden y el abuso, porque el bien y el mal no son lo que halaga y hace sufrir a los sentidos, sino lo que honra u ofende a Dios. El placer no es más que el auxiliar del deber, y resulta desordenado siempre que se le busca fuera del deber.

Además se engaña miserablemente el hombre, cuando busca la felicidad en los sentidos. El Criador ha subordinado nuestra dicha a su gloria, y las ha unido de tal suerte que nuestra felicidad depende de nuestra fidelidad. Conocer, amar y servir a Dios, esto es todo hombre sobre la tierra, y en esto consiste su nobleza y su contento, así como su deber y su último fin.

El Señor es la Verdad, la Hermosura y la Bondad infinita; nuestra alma tiende con ansias hacia ese sumo Bien, y si bien se considera feliz en medio de los trabajos con que le busca, encuentra el reposo y una deliciosa hartura cuando le halla. La pobreza y el sufrimiento corporal, las penas del espíritu y del corazón no hacen desdichada al alma que posee a Dios, mientras que por el contrario todos los bienes criados no son suficientes para llenar el corazón de la criatura a quien le falta el Bien infinito.

Hay muchos que, sin ser esclavos de los sentidos hasta el punto de vivir bajo la dominación del pecado, quisieran simultáneamente servir a Dios y buscar sus comodidades; extraña consecuencia, que pone de manifiesto el corto número de santos y de almas perfectamente dichosas sobre la tierra.

2.—VIDA DE RAZON

La vida regulada por la recta razón, pero fuera del ámbito de la fe, es capaz de producir filósofos y gente honrada y virtuosa; pero resulta muy inferior a la vida espiritual. No negamos, sin embargo, su excelencia; pues, cuando la inteligencia despejada y la voluntad dominadora del hombre realizan maravillosos descubrimientos, arrancan a la naturaleza sus secretos, la obligan a prestarnos sus servicios, tratan de remediar todos los males y miserias de la humanidad, etc.; a nadie se oculta el que de todo esto se siga mucha gloria al autor, que ha sabido conseguir esos triunfos sin haberlos intentado quizás y a veces hasta contra su voluntad.

Pero si el filósofo, oyendo pregonar las alabanzas de su autor, se adhiere con su entendimiento y con su corazón a ese concierto universal, si tributa adoración a un Dios tan po-

deroso y tan bueno, se llena de asombro al contemplar sus perfecciones y trata de observar su ley con el fin de agradarle, no hay duda ninguna de que este hombre adquiere mucha gloria con esto y su vida natural resulta mucho más sublime.

Sin embargo, Dios no se contenta aun con esto. El envió a su Unigénito para que fuera el Sol del mundo, a fin de que las luces de la fe preservaran del error nuestra débil razón, le proveyeran durante sus cortos días de conocimientos poderosos y seguros, y le revelaran la existencia de un mundo superior. Ayudándonos poderosamente con su gracia, nos conduce por caminos sobrenaturales a un fin no menos sobrenatural y de valor imponderable, que viene a ser un peso eterno de gloria y de dicha. Movidos por un impulso ardoroso de caridad y con las rodillas en el suelo deberíamos agradecer tantos tesoros de gracia, y llevados de un sincero amor hacia nosotros mismos, aprovecharnos de ellos para hacer continuos progresos en una vida enteramente divina.

¡Cuántos hay que oponen una resistencia sistemática a lo sobrenatural! Y cuántos otros, más numerosos aun que los primeros, no aprecian debidamente los maravillosos dones de la fe! El Señor, habiéndonos elevado a un estado sobrenatural, exige de nosotros obras divinas y no puede darse por contento con obras mera-

mente naturales. Quiere que nuestra razón se ilumine con las luces de la fe, que nuestra voluntad una su acción a la de la gracia; pues, de lo contrario, nuestras facultades, debilitadas como se hallan por el pecado, vendrían a caer en el error y en el desfallecimiento.

3.—VIDA ESPIRITUAL

La vida espiritual es la vida sobrenatural y divina comenzada con la gracia y consumada en la gloria. Sea que una criaturita miserable, mediante las aguas del bautismo, reciba un nuevo nacimiento y una segunda creación, más excelente que la primera; sea que el Dios de las misericordias se incline hacia un desgraciado pecador para volverle la vida; desde este momento esa alma se convierte en un palacio donde la Santísima Trinidad establece su morada, en un trono donde Ella descansa amorosamente, en un santuario de su predilección.

La augusta Trinidad desciende sobre el hombre para hacerle participante de su vida divina; es un Padre, un amigo, un Esposo, que se nos entrega, que se hace nuestro Tesoro, y que nos adorna con sus esplendores y con su hermosura; nuestra alma conviértese en espejo donde El se contempla; y hallándose engalanada con las inmensas riquezas y embelesadores encantos de

Dios, es amada por El con singular complacencia. ¡Oh! ¡Cómo la fortuna, el genio y el poder parecen objetos de pequeñísimo valor y las cosas más bellas de este mundo no resultan sino fealdad y basura comparadas con esta alma!

La sustancia del alma unida a Dios, engolfada en Dios, embebida en Dios, sin llegar a ser Dios por esencia, sin dejar de ser alma humana, es elevada, transformada y divinizada por la gracia santificante. Todas sus facultades, perfeccionadas por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, quedan igualmente divinizadas y capaces de hacer actos sobrenaturales; unidas a Dios como el sarmiento a la vid y el injerto al árbol, pueden alimentarse de la savia divina y producir frutos divinos, es decir, de Dios y del hombre a la vez, más divinos que humanos y que no serían suficientemente recompensados con todos los bienes terrestres.

Esta vida espiritual, esta vida prodigiosa, conservada en la inocencia o recuperada por la penitencia, puede obtener aumentos considerables todos los días, por medio de los sacramentos, la oración y las obras meritorias. De aquí resulta, mediante nuestro consentimiento, una multitud innumerable de actos sobrenaturales, cada uno de los cuales nos granjea un aumento de gracia santificante y nos hace merecedores de la gloria eterna, de la que disfrutaremos un día en la

medida correspondiente a nuestra paciencia y generosa colaboración con Dios sobre la tierra.

4.—VIDA ESPIRITUAL (CONTINUACION)

VIDA DE AMOR

El amor es el carácter principal del cristianismo; es el resumen, es el alma. Del mismo modo que la fe viene a ser como la raíz por donde el árbol se alimenta, el amor es la savia que le da la vida y le hace producir flores y frutos; y agotada esta savia divina, la vida perece.

La sagrada Escritura nos exhorta en cada una de sus páginas a renunciarnos, a llevar la cruz y a crucificar la carne con sus vicios y concupiscencias. El pensamiento común lo traduce muy bien nuestro Padre San Bernardo, diciendo: «La ciencia de los santos consiste en saber crucificarse en el tiempo con el fin de hacerse dichosos por toda la eternidad» (Serm. divers, XXI)..

Sin embargo, es preciso confesar que la penitencia y la mortificación no son el todo de la vida cristiana; el espíritu del sacrificio va abriendo el paso al amor. Es un servidor indispensable, cuyos trabajos jamás podrán ser debidamente apreciados; sin embargo, no pasa de

ser un simple servidor, pues la reina es la caridad bajo su doble aspecto..

Nuestro Señor lo tiene dicho: el amor de Dios y el del prójimo constituyen los dos grandes preceptos de la Ley y la marca distintiva de los cristianos. Por lo demás la gracia santificante es la que constituye el fondo de la vida cristiana; pues ella es la que nos comunica un espíritu de adopción, en virtud del cual exclamamos: ¡Padre!... ¡Padre!... Nos llamamos en realidad y de hecho llegamos a ser los hijos de Dios, sus herederos, los hermanos de Jesucristo y sus coherederos, los conciudadanos de los Santos, los miembros de la familia divina. (Rom., VII, 15 a 17).

El espíritu cristiano debe ser el de un hijo para con su padre. Es necesario sin duda ninguna que el alma, movida por los impulsos del temor y de la esperanza, borre sus pecados y se revista de todas las virtudes; y sin embargo su ideal debe ser el de progresar en el santo amor; a eso deben tender constantemente sus esfuerzos. No llegará a poseer en su plenitud el espíritu cristiano sino cuando, después de haberse purificado mucho, se haga muy amante, amorosamente sumisa y respetuosamente familiar con su Dios. Debe apasionarse de modo muy especial de Jesús, como que es su Salvador, su hermano, su amigo, su esposo, su sostén, la mi-

sericordia, la felicidad y el todo del alma cristiana.

5.—VIDA ESPIRITUAL (CONTINUACION)

VIDA DE SACRIFICIO

El espíritu del sacrificio es el segundo carácter del cristianismo. Es necesario que la penitencia declare guerra sin cuartel al pecado para destruirle, reparar sus funestas consecuencias e impedir el que reviva; y al propio tiempo es necesario que llame también en su ayuda a la mortificación de los sentidos, al desprendimiento del corazón, a la humildad de espíritu, a la abnegación de la voluntad, a la paciencia en los trabajos, en una palabra, al espíritu del sacrificio en todas sus formas.

Cada uno encuentra dentro de sí, como el Apóstol de las gentes, dos hombres y dos amores; el hombre viejo nacido de Adán que, amándose a sí mismo con menosprecio de Dios, nos conduce por el camino del placer al fuego eterno; y el hombre nuevo nacido de Jesucristo que, amando a Dios con menosprecio de sí mismo, nos lleva tras las huellas del crucificado a la posesión de la bienaventuranza. Es imposible contentar a la vez a estos dos señores. Se hallan en perpetua guerra; no puede el uno con-

servar su vida y asegurar su reino sin reducir al otro a la impotencia. El grano de trigo no nace sino después de haberse podrido en la tierra; del mismo modo para empezar a vivir de Dios es necesario antes morir a sí mismo. Hay que clavar el amor propio a la Cruz y sepultarlo en unión con Jesús, si queremos que el amor divino se forme en nosotros, se acreciente y viva para siempre.

Hemos dicho ya antes que el espíritu de sacrificio es un auxiliar de la caridad; su oficio consiste en proteger a su soberana y en alejar los obstáculos que la pudieran impedir el que sea toda de Dios. La caridad necesita de él en sus principios, en sus progresos y en su consumación, tanto en el tiempo de la prosperidad como en el de la adversidad, y después de haberse servido de él todo el tiempo de la vida, no le abandona sino al atravesar las puertas del paraíso. El cristiano le necesita a su vez para guardar los preceptos y vivir sometido a las leyes de la Providencia, y el religioso más aun para observar sus reglas y tender a la perfección; no se adelanta en la oración y en la virtud sino en la medida en que se hace violencia.

No queremos decir con esto que haya que privarse siempre de las satisfacciones legítimas. Lo que importa es arreglar el uso de las satisfacciones y de las privaciones de modo que nos ayuden a amar más y más a Dios.

6.—PERFECCION DE LA VIDA ESPIRITUAL.

La esfera de acción de la vida espiritual comprende todas las virtudes. Mas como la caridad es la reina de todas ellas y es quien hace el que sean vivientes y meritorias, síguese que la perfección, que igualmente las supone a todas, esta caracterizada por la caridad.

Ahora bien; el amor es perfecto cuando ha llegado a adquirir suficiente imperio para establecernos en una perfecta sumisión a la voluntad manifiesta de Dios y en una entera conformidad a las disposiciones de la Providencia, de tal suerte que el alma, transformada por el amor, no tenga otro querer ni no querer sino el de Dios.

Pero ordinariamente no se llega a este estado sino muy lentamente, poco a poco, y recorriendo tres etapas sucesivas.

En la vía purgativa la caridad, débil todavía y amenazada por todas partes, se limita a defenderse contra el pecado mortal que la dejaría sin vida, contra el pecado venial que debilita sus fuerzas, sobre todo cuando se le tiene apego y se le comete por costumbre. Esta lucha ruda y peligrosa purifica el alma, doma la triple concupiscencia, modera las pasiones y corrige las malas inclinaciones. Es el primer trabajo que se impone; conviene de un modo especial a los



principiantes en la vida espiritual, y aun cuando con el tiempo deje de ser la ocupación principal, es cosa de toda la vida; pues de lo contrario, por muy desmontado que se suponga el terreno, el alma no tardaría en reducirse a un estado semejante al del campo del perezoso que se encuentra lleno de maleza y de espinas.

De esta manera se entra en el camino del progreso espiritual, en el que el alma, teniendo menos combates que sostener, se aplica de un modo especial al cultivo de las virtudes, con cuya práctica va aprovechando y adelantando en la caridad. Dirige hacia este único fin las observancias y el conjunto y los pormenores de sus obras; se reanima, persiste y se empeña en progresar en todas las virtudes, y con estos medios va progresando poco a poco en la divina caridad; es la vía iluminativa.

Se llega por fin al estado de los perfectos; las faltas son más raras y menos voluntarias; la caridad reina en el alma sosegada y es la que constituye la esencia de su vida; es la vía unitiva. El alma descansa en Dios, a quien posee, y se esfuerza en estrechar más y más su unión de amor con El, y hace lo posible para agradecer en todo al Amado de su alma, en quien halla su reposo y felicidad..

7.—LA PERFECCION DE LA VIDA ESPIRITUAL Y EL RELIGIOSO

Los doctores proclaman unánimes que la obligación fundamental de un religioso y su razón de ser consiste en tender a la perfección de la vida espiritual. La Regla enseña el sublime arte de las más altas virtudes; el monasterio es el lugar donde se ponen por obra; las observancias, en unión con las pruebas y los combates, son instrumentos que prodigiosamente nos ayudan a ello.

Los medios propios con que cuenta la vida religiosa para llegar a la perfección son los votos y las reglas. La pobreza, la castidad y la obediencia, privándonos de los bienes de la tierra, de los placeres de los sentidos y de la facultad de disponer de nuestros actos, defienden al alma contra los tres grandes incentivos de la perdición y apartan el espíritu de las tres principales solicitudes de la tierra.

Las reglas completan el beneficio de los votos; la soledad aleja los peligros y el ruido del mundo; los ayunos, las vigiliias y el trabajo domanan el cuerpo; el silencio refrena la lengua; la vida en común modifica el carácter; y no hay detalle en la Regla, por insignificante que sea, que no ofrezca su remedio para la curación de los males del alma.

Los votos constituyen el muro que protege en nosotros la vida de Dios; y las Reglas, grandes y pequeñas, son a su vez un cerco que guarda los votos en seguridad. Además, el estado religioso proporciona todos los días miles de ocasiones de ejercer actos de virtud y de un modo particular los de la religión, caridad y penitencia. Dios, oculto en nuestros superiores, nos instruye por su boca, nos alienta y nos corrige, nos gobierna y nos salva. Cada uno se halla sostenido por la presencia de sus hermanos y es ayudado por sus fervorosas oraciones. Los ejercicios piadosos, las instrucciones, el ejemplo y la corrección fraterna conducen al religioso hacia Dios, hasta las paredes del monasterio le hablan de El, es verdaderamente la casa del Señor, quien la llena de su presencia y de su acción; la vida divina llueve en ella a torrentes y la gracia abunda en todos sus lugares. La vida religiosa es una mina de oro, y la vocación la prenda más segura de la predestinación; ella nos asegura, no solamente la conversión, sino también la santidad y la perfección de la vida espiritual, a condición de que haya fidelidad de nuestra parte..

8.—LA PERFECCION DE LA VIDA ESPIRITUAL Y EL CISTERCIENSE: CONTEMPLACION Y PENITENCIA.

Para tender a la perfección en seguimiento de las huellas de Jesús, no nos sería posible reproducir por completo su vida exterior e imitar a todos los santos. La fisonomía de los servidores de Dios, al par que se asemeja en los rasgos generales, presenta a su vez una infinita variedad de detalles. El Cisterciense trata de adquirir la perfección de la vida espiritual por la vía de la contemplación y de la penitencia.

La contemplación es el fin primario e inmediato al que van subordinadas todas sus observancias. Por poco que se miren las Reglas Cistercienses, aparece con toda evidencia que ellas organizan la vida sobre todo por la oración. La santa misa, el oficio divino, la oración y las lecturas piadosas, que son ejercicios de vida contemplativa, ocupan la mayor parte del día. Con el trabajo manual descansa el alma y pónese en excelentes condiciones para seguir sus entretenimientos con Dios. Los ayunos, las humillaciones y la obediencia desprendiendo al alma de los sentidos y desligándola de las cosas de la tierra, la dejan en estado de tender con toda libertad hacia Dios. En pocas palabras, los votos, cegando las principales fuentes de las solicitudes te-

restres, la clausura teniéndonos separados del mundo y las reglas preservando de una infinidad de peligros, todo ello está admirablemente coordinado para alejar el bullicio del mundo, contener el desorden de las pasiones, asegurar la soledad del espíritu, del corazón y de la voluntad y favorecer la vida de oración.

Pero si el Cisterciense es contemplativo, no por eso deja de ser penitente. La penitencia reconoce y confiesa humildemente sus faltas, se arrepiente de ellas y acepta o se impone la penitencia por ellas. Quiere, mediante esto, resarcir las injurias hechas a Dios, vengar sus derechos, prevenir sus juicios, desarmar su justicia, purificar el alma y sanarla por completo a fin de renovar y consolidar con Dios una paz y una amistad que sean inalterables.

No contenta la penitencia de destruir el pecado cometido, trata de impedir el que aparezca de nuevo, venciendo para ello las malas inclinaciones, y además se hace ayudar en esta buena obra de las otras virtudes. De esta manera las austeridades monásticas contribuyen a reparar las faltas, a satisfacer las penas por ellas debidas y a remediar las inclinaciones viciosas.

Se ve, por tanto, con claridad meridiana que la penitencia trabaja sobre todo en destruir el hombre viejo, y la contemplación en edificar el nuevo.

9.—LA PERFECCION DE LA VIDA ESPIRITUAL Y EL CISTERCIENSE (Continuación): DE- VOCION PARA CON LA STMA. VIRGEN.

El religioso Cisterciense, según se desprende de las constituciones de su Orden, hace profesión de pertenecer de un modo muy especial a la Santísima Virgen. En efecto; de María hemos recibido nosotros a Jesús; conviene, por tanto, que le busquemos siempre en los brazos de su Madre. Ella es nuestra Abogada, nuestra Mediadora para con El, la dispensadora de sus gracias y nuestra Madre adoptiva; en Ella, somos hermanos de Jesús. Vayamos por tanto a Jesús por María.

La Virgen Santísima es Patrona especial de la Orden del Cister. Ella fué quien dió a San Alberico la cogulla blanca que llevamos, quien le inspiró nuestras primeras Constituciones y le aseguró en una de sus visiones, gratísima a todos los Cistercienses, que Ella protegería y defendería nuestra Orden hasta el fin de los siglos.

La devoción de Nuestra Señora, según el tierno y patético llamamiento que popularizaron nuestros Padres, ha sido siempre la gloria y como la vida de la Orden del Cister. Nuestras Crónicas cuentan con consuelo y con amor como se ha visto a esta dulce y celestial Madre visitar a nuestros religiosos en su trabajo de campo, enjugarles el sudor de sus rostros, asistir a nuestros mo-

ribundos consolándolos con su presencia, presidir el capítulo de nuestras Comunidades y reunir por fin y cobijar bajo su manto la numerosa familia Cisterciense en el cielo. Císter, de su parte, ha hecho cuanto ha podido para propagar el culto de su bendita Madre, y San Bernardo ha merecido con justísima razón ser llamado el Cantor de María *Cytharista Mariae*.

«Considerad, hermanos míos, nos dice él, con cuanto amor y devoción quiere Dios que honremos nosotros a María, pues ha depositado en sus manos la plenitud de todos los bienes. Si hay pues en nosotros alguna esperanza, alguna gracia, alguna prenda de la salvación, somos deudores de ello a Aquella que se halla colmada de gracias. Quitad ese sol que alumbraba al mundo, habrá desaparecido el día. Quitad a María, esa bendita estrella del mar; ya no habrá sino oscuridad y tinieblas sobre la tierra.

»Debemos, por tanto, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas honrar a la Virgen María; pues tal es la voluntad de Aquel que dispuso que todo lo recibiéramos por medio de ella. (Serm. in Nativ.) Mirad a la estrella María, nos dice en otro lugar S. Bernardo, pensad en María, invocad a María! No os olvidéis de María, y que ella esté siempre en vuestros labios y en vuestro corazón».

10.—LA PERFECCION DE LA VIDA ESPIRITUAL
Y EL CISTERCIENSE (Continuación): AMOR
A LA SANTA SEDE.

Las Constituciones Cistercienses dicen: «Nos esmeramos en rendir testimonios de respeto, gratitud y obediencia a la Santa Sede». No puede, por tanto, darse un verdadero Cisterciense sin que profese amor muy acendrado a la Silla apostólica.

Nuestro Señor ha hecho a la Iglesia su Esposa y el canal de los bienes espirituales que brotan de El como de su fuente. Del mismo modo que María es nuestra Madre en el cielo, lo es la Iglesia aquí en la tierra; y de hecho careceríamos de vida, si ella no estuviera a nuestro lado para bautizarnos, absolvernó y alimentarnos con el pan de los ángeles, y no podrá menos de extrañarse el que no quiera dejarse guiar por ella.

La vida Cisterciense se halla consiguientemente caracterizada por un respeto incomparable al Vicario de Jesucristo, por una sumisión absoluta a su suprema autoridad, por un reconocimiento filial y amor sin límites al Padre que no cesará de prodigar siempre a nuestra Orden pruebas muy marcadas de su predilección. San Bernardo, San Hugo de Boneval, San Pedro de Castelnau y otros muchos, honrados con la confianza de los Papas, supieron sacrificarse heroicamente en

beneficio de la Santa Sede. Es que la penitencia y la contemplación del Cisterciense van animadas por la llama del celo apostólico.

¿Y cómo podría tender a la perfección el que careciere de este celo? Porque si el santo amor es fuego, no es menos verdad que el celo es la llama de ese fuego. Un monje no puede menos de llorar de compasión al ver que se entibian los justos y que los pecadores corren presurosos hacia la perdición. Se aflige en gran manera al ver al Señor desconocido, olvidado, ofendido, odiado, perseguido. Su amor para con la Iglesia se anima de un vivísimo celo al ver que pueblos enteros se hallan sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y que otra multitud de almas se dejan arrastrar como tristes víctimas por el cisma y por la heregía. La Iglesia es perseguida, el infierno triunfa, la moralidad declina, las energías se van debilitando y la fe parece que se aleja.

El Cisterciense se horroriza de tales afrentas, participa de tales aflicciones y llenase de asombro y de espanto ante tal cúmulo de iniquidades que deshonra la tierra, provoca al cielo y roba las almas al divino Salvador para sumergirlas en el abismo. San Bernardo señala tres medios de los que puede valerse el monje para el ejercicio de su celo, a saber: la palabra (en nuestras conversaciones particulares), el ejemplo y sobre todo la oración.

CAPITULO SEGUNDO

Del Aspirante a la Vida Cisterciense

Exurgamus tandem aliquando, excitante nos Scriptura ac dicente: «Hora est jam nos de somno surgere».

(Regula S. Bened. Prolog.)

Levantemonos por fin a la voz del Señor que nos dice: «Hora es ya de que sacudamos el sueño.»

SUMARIO

11. *La entrada en el Monasterio.*—12. *La entrada en la Comunidad.*—13. *La toma del hábito.*

11.—LA ENTRADA EN EL MONASTERIO.

Después de haber meditado las consideraciones de las páginas precedentes y haber escuchado la voz del divino Maestro, el aspirante, dócil a esta voz, quiere ponerse a salvo de los grandes peligros del mundo y pide que se le abran las puertas del santo asilo de la inocencia y de la penitencia. La santa clausura que nos separa del mundo, los claustros silenciosos

como un santuario, el recogimiento de los religiosos, la paz y la alegría impresas sobre sus semblantes, todo esto causa en el recién-llegado una misteriosa y saludable impresión.

Una vez cerradas las puertas del monasterio, se halla ya el postulante lejos del mundo y dentro de la casa de Dios y se esforzará, por tanto, en fijar en la clausura su espíritu y su corazón. Habiéndose ya despedido del mundo, el aspirante no pensará más en él, a no ser para gloriarse de haberle abandonado; sus pensamientos en adelante serán únicamente para Dios, a quien ha venido a buscar, y para la nueva vida que acaba de emprender.

El Señor le ha arrancado a las esperanzas halagüeñas de un mundo peligroso, o bien tal vez le ha librado de la miseria y de la perdición correspondiendo con bondad y misericordia a los prolongados extravíos de su hijo pródigo. Estos recuerdos bien meditados no pueden menos de llenar de reconocimiento y de amor el alma del postulante.

El tiempo pasado, más rico de gracias que de virtudes, contaminado quizás con pecados y falta de penitencia; una vida muy mal empleada, y que ahora se la quiere hacer feliz y productiva; la eternidad que nos espera, el infierno que hay que evitar, la gloria que hay que ganar; el mundo, cuyos encantos y seducciones no se ignoran, el claustro que en medio de sus auste-

ridades ofrece días de calma y de serenidad, en los que se podrán atesorar grandes riquezas para la otra vida; he aquí una serie de materias sobre las que conviene que el postulante haga reflexiones sólidas y detenidas en los días siguientes a su entrada en el monasterio.

Durante los días de su estancia en la hospedería, el aspirante es visitado a menudo por un fervoroso religioso, lleno de caridad y de prudencia, y que desempeña en casa las funciones de Maestro de novicios, quien se encarga de procurarle algunos libros de piedad, de ayudarle con sus consejos y oraciones, procurando al propio tiempo el que el mismo postulante se aplique mucho a la oración.

12.—LA ENTRADA EN LA COMUNIDAD

Es por la Iglesia por donde el postulante hace su entrada en el Monasterio, siendo de esta manera presentado antes de todo al Dueño de la casa para tributarle las gracias por su infinita misericordia, e implorar una voluntad decidida y perseverante. Sublime es la tarea que emprende de corresponder fielmente al llamamiento divino, y por eso conjura al Señor con las más vivas instancias a llevar su empresa a buen término, a fin de que el tierno y bondadoso Padre no tenga razón de arrepentirse por haberle ad-

mitido en el número de sus hijos. Firmemente persuadido de que nada puede sin Dios, hará que brote frecuentemente de sus labios la plegaria, y todas las veces que se encuentre en algún aprieto o dificultad implorará el socorro de la gracia.

Durante los pocos días que precederán a la toma de hábito, procurará asistir con grande fervor a los oficios divinos del día y de la noche, a la oración, al trabajo de manos, a las conferencias y demás ejercicios del noviciado, practicando los usos y las ceremonias con fidelidad y exactitud. Cuidadoso de ajustar bien su exterior, no se olvidará sin embargo de que lo esencial es hacer un buen retiro espiritual para liquidar lo pasado y hacer fundar sobre bases sólidas la nueva vida. Como no es posible agradecer a Dios si no es cumpliendo su adorable voluntad, el aspirante a la vida Cisterciense tratará de disponer su corazón y su cuerpo a los combates de la obediencia, dejándose en las manos de los Superiores como un niño dócil de la escuela del divino servicio, a fin de que el trabajo de la sumisión le enderece hacia Aquel, del cual le había alejado la dejadez de la voluntad propia.

Todo se le hará sumamente fácil al postulante una vez que se convenza bien de las siguientes verdades fundamentales, a saber; que es preciso salvar el alma a toda costa, que la vida se

nos ha dado a condición de llenarla de buenas obras, que el tiempo es corto y la labor mucha, y por fin, que la obediencia regular es el camino más directo, el más seguro y el más meritorio para llegar al cielo.

De este modo, transformado el postulante por un buen retiro espiritual y resuelto a emprender con denuedo la vida monástica, aguardará ansioso el día feliz en que cambiará los hábitos seculares por la librea del Señor.

13.—LA TOMA DE HABITO

Las vestiduras monásticas son un misterioso símbolo que representa por de fuera la vida que hay que llevar en el interior. Ellas se componen, para el novicio de coro, de una túnica, de un escapulario, de un cinturón y de una capa, todo ello de lana blanca; el novicio converso en lugar de la capa lleva un chaperón, siendo todos sus hábitos de color pardo.

La capa y el chaperón se llevan en todo tiempo menos durante el trabajo; es el hábito de coro. Y mediante este hábito puede hacer el novicio de todos los lugares un coro y un altar; un coro, donde el oficio divino se prolonga y se perpetua en una vida de íntima unión con Dios; un altar, en el que, sacerdote y víctima de su propio sacrificio, se inmola continuamente en el holocausto de la perfecta obediencia.

El color pardo simboliza bien los trabajos de la vida activa; el blanco conviene mejor a las funciones del coro y del altar. La forma de los hábitos, que guarda tan poca consonancia con las modas del mundo, da a entender al Cisterciense que debe distinguirse de los mundanos tanto por su vida como por sus costumbres.

El aspirante, bien dispuesto con algunos días de serias reflexiones y ardientes súplicas, ve llegar con gozo el día en que ha de verse revestido con los hábitos monásticos. La ceremonia tiene lugar en la sala capitular en presencia de toda la Comunidad. El postulante, sin tomar resolución alguna definitiva, efectúa una primera separación del mundo entrando, mediante el noviciado canónico, en la vida religiosa. Se despoja para revestirse; el cambio de los hábitos simboliza la conversión de las costumbres. Al dejar los vestidos de seglar declara oficialmente que renuncia de hecho y de corazón a las máximas y seducciones del mundo.

Al considerar todo lo que deja el postulante comprende la grandeza del sacrificio que le pide el Señor, pero conoce al propio tiempo que ese sacrificio, ofrecido a Jesús, no podrá menos de ceder en beneficio de las amadas prendas de quienes se despide. El va a encontrar la verdadera libertad, la paz y el reposo del corazón, la abundancia de la vida y un cúmulo inmenso de méritos que resultarán a su vez en gran ma-

nera provechosos para los suyos. Se considera muy feliz al abandonarse enteramente en las manos del más tierno de los padres, cuyo yugo es sumamente suave siempre que se le lleva con amor.

CAPITULO TERCERO

La Formación a la Vida Cisterciense

Si vere Deum quearit, si sollicitus est ad opus Dei, ad obedientiam, ad opprobria.

Que busque a Dios con sinceridad, y que viva lleno de celo por el servicio divino, por la obediencia y por las humillaciones.

SUMARIO

14. *Formación intelectual.*—15. *Formación moral.*—16. *Formación moral (continuación): Buscar a Dios.*—17. *Formación moral (continuación) Buscar a Dios verdaderamente.*—18 *Formación moral (continuación): Celo por el servicio divino.*—19. *Formación moral (continuación): Celo por la obediencia.*—20. *Formación moral (continuación): Celo por las humillaciones.*—21. *Los últimos días del noviciado.*

14.—FORMACION INTELECTUAL

Con la toma del hábito se inaugura el noviciado canónico. Y aunque no se haga más que

comenzar, hay que comenzar perfectamente, según lo quiere nuestro Padre San Bernardo, porque cada cosa tiene su perfección propia, y los primeros pasos tampoco dejan de tener la suya.

El principal objeto del noviciado es la formación práctica del sujeto, empezando por la formación intelectual. La vida religiosa, según San Benito, es una escuela del servicio divino, y de un modo especial se puede decir que lo es en tiempo del noviciado. El novicio tiene tal vez necesidad de ampliar la serie de sus conocimientos religiosos, de estudiarlos más detalladamente y con mayor profundidad y de armarse de una fe viva y poderosa. Debe conocer los deberes de la vida cristiana y los medios de que se ha de valer para ponerlos en práctica, a saber, la gracia, la oración y los sacramentos. El trabajar por adquirir la perfección pronto vendrá a ser su obligación fundamental; debe saber por tanto en qué consiste.

Debe estudiar la vida religiosa, los votos y las Reglas de la Orden, en una palabra, el camino por donde Dios le ha de llevar al cielo.

Fijará especialmente su atención en la Regla de San Benito, como que es el fundamento de las observancias; la leerá y meditará delante de Dios y escuchará con docilidad las explicaciones que se le dieren sobre ella. Es un reglamento de admirable sabiduría. Más aun; es un directorio espiritual, una escuela práctica que ha for-

mado millares de santos y de perfectos religiosos. La Regla es una eficaz disciplina que despoja al novicio obediente de los modales del mundo para hacerle tomar los de la religión.

El novicio se aplicará también al estudio de las Constituciones de la Orden, del Ceremonial y de las costumbres de la casa; en una palabra, procurará instruirse en todas las leyes monásticas que en adelante deben ser la norma de su conducta. Se fijará en lo material de sus prescripciones, pero sobre todo las examinará con la mirada interior, que es la que busca bajo la corteza de la letra las virtudes que hay que practicar; de este modo cada una de nuestras menores observancias adquiere mucho vigor para luego comunicar la vida.

Por fin estudiará la historia de la Orden y leerá las vidas de los Santos, a fin de penetrarse bien de su espíritu.

15.—FORMACION MORAL

No basta el conocer los deberes, es menester además practicarlos. En la oficina espiritual la inteligencia es quien alumbra, pero la voluntad es quien hace el trabajo; la ciencia muestra lo que hay que hacer, pero la vida santa es quien lo realiza. Lo que constituirá el gran cuidado del novicio será por consiguiente la conversión de

lãs costumbres, es decir, un esfuerzo incesante por desprenderse de las cosas y afectos del mundo y apropiarse la manera de pensar, de hablar, de obrar y de sufrir que constiuye el espíritu religioso. Jamás encontrará tiempo más propicio para esta formación como el del noviciado. Los consejos de los Superiores, las exhortaciones y correcciones frecuentes, el estudio de las obligaciones, los buenos ejemplos, la abundancia de gracias, el desembarazo de los negocios temporales, todo ello contribuye a convertir el noviciado en una hornaza donde el alma se purifica, en un molde donde como una cera blanda recibe las formas de la vida espiritual, en un arsenal donde encuentra luces, armas y fuerzas para emprender y terminar con feliz éxito los combates del Señor. Moralmente hablando, toda la vida religiosa dependerá del fervor o de la negligencia que hubiere tenido el novicio en su primera formación. El noviciado es el tiempo de la siembra: quien siembra poco, recogerá poco; y quien siembra mucho, recogerá mucho». (II. Cor., IX, 6).

El novicio tendrá muy presente que esta transformación de su vida es una obra absolutamente sobrenatural, en la que nada se puede hacer sin la gracia. Contar con sus propias fuerzas en semejante empresa equivaldría a arruinarla por completo. Si el Señor no levanta el edificio, en vano trabajan los que la construyen.

(Ps. 126). La Regla de San Benito hace muy bien, por tanto, en aconsejar que se pida a Dios con fervorosas instancias para que El mismo lleve la obra a buen término. El novicio, consiguientemente, rogará al principio de sus obras, rogará mientras las continúe, y rogará por fin cuando las esté terminando, bien persuadido de que nada puede sin el auxilio divino.

Cuando tropezare con dificultades, redoblará sus súplicas para implorar los socorros del cielo. Y como la gracia no nos santifica sin nuestra cooperación, tratará de corresponder con generosidad al socorro divino. He aquí un excelente medio para empezar, continuar y terminar bien nuestras obras. Si Dios está con nosotros ¿quién podrá prevalecer contra nosotros? (Rom., VIII, 31).

16.—FORMACION MORAL (Continuación):

BUSCAR A DIOS

La Regla de San Benito enumera cuatro deberes distintos que resumen la formación moral del novicio, a saber; buscar verdaderamente a Dios, y mostrarse muy celoso por el servicio divino, por la obediencia, y por las humillaciones. (Cap. 58).

La obligación fundamental del novicio consiste en buscar a Dios en la sinceridad de su cora-

zón, y en no buscar sino a El sólo; y en no tratar de otra cosa sino de glorificar a Dios y de llegar a poseerle primero en la tierra y después en el cielo. Se olvidará, por tanto, completamente de este mundo que se halla lleno de escollos y en donde su pobre navecilla podría fácilmente naufragar.

Los religiosos pertenecen por excelencia a la raza de los que buscan al Señor (Ps. 23); olvidados de lo que pasa, tienen fija su alma y su atención en el Rey inmortal de los siglos, a fin de rendirle homenajes sin cuento y de reproducir en sí mismos su hermosura celestial. Van desterrando poco a poco los pensamientos, las afecciones y los dones de la tierra; van adquiriendo tesoros de virtudes; y por fin llega un tiempo en que el alma abrasada en el amor corre y vuela a unirse con su Amado. Como la Esposa de los Cantares, le busca por todas partes, pregunta por El con grandes ansias, le halla con suma delicia de su alma y no sabrá ya apartarse de El. He aquí lo que hace del claustro un paraíso sobre la tierra. En el cielo podemos amarle y le alabaremos en medio de las alegrías de la vision ~~in~~; aquí en el mundo, contemplándole sólo con las luces de la fe, no le vemos, pero, a pesar de eso, creemos en El, le amamos y le alabamos, prelu-diando así el bienestar de la eternidad y disfrutando muchas veces aun sobre la tierra ale-

grías y consuelos parecidas a las del cielo. Por lo demás, es cosa sabida ya que Dios se da en la bienaventuranza en la medida que se le busca acá en el mundo.

¿No es cosa sublime, gloriosa y en gran manera lucrativa esa amorosa solicitud con que el religioso tiende toda su vida a llegar a la posesión del Sumo Bien? Pues bien; la vida cisterciense se presta admirablemente a ello. La soledad, el silencio, la presencia de Jesús Sacramentado bajo el mismo techo, las ceremonias religiosas, las estatuas que adornan los lugares regulares, el santo hábito que llevamos, todo ello nos está diciendo que renunciemos a las vanidades del mundo, que fijemos nuestro pensamiento en un mundo mejor y que no vivamos sino con Dios y en su santa presencia.

17.—FORMACION MORAL (Continuación):

BUSCAR A DIOS VERDADERAMENTE.

Si no queremos buscar a Dios en vano, nos dice San Bernardo, busquémosle sinceramente, busquémosle asiduamente, busquémosle perseverantemente: nada en lugar de Dios, nada juntamente con Dios, nada después de Dios. (San Bernardo, Serm. 37 de diversis). He aquí lo que es buscar verdaderamente a Dios en sentir de San Bernardo.

1.º El novicio buscará a Dios con sinceridad. Será el hombre de deber tanto en secreto como en público, tanto en su interior como en su regularidad exterior; en vano aparecería irreprochable a los ojos de los hombres, si sus disposiciones interiores no fuesen del agrado de aquel, cuya penetrante mirada llega hasta lo más íntimo del alma. (I Reg., XVI, 7). El novicio caminará por tanto con rectitud y lealtad, bien persuadido de que ninguno de sus pasos puede ocultarse a las miradas del Soberano Maestro.

2.º Buscará a Dios asiduamente. ¿Puede haber algún día en que el Señor no merezca ser servido como Dueño Supremo, temido como soberano Juez y amado como un buen Padre y el mejor de los amigos? ¿Hay alguna hora en que no nos convenga ganar el cielo y evitar el infierno y el purgatorio? ¿Puede haber momento alguno en que no podamos acrecentar nuestra bienaventuranza eterna? ¿No nos convendrá, por consiguiente, aprovechar con celo infatigable un tiempo tan corto y tan precioso? El novicio se guardará, por tanto, de imitar a esos hombres que predicando hoy la moderación dejan las empresas arduas para mañana, a esas almas delicadas, que, atemorizadas ante el sufrimiento, huyen de los grandes sacrificios y no se cuidan de los pequeños, teniéndolos por cosa de poca monta. Un espíritu sobrenatural no desprecia nada de lo que le pueda llevar hacia Dios, aun-

que se trate de la menor de las reglas, del más insignificante de los acontecimientos de que están llenos nuestros días.

3.º Buscará a Dios con perseverancia. Es muy poca cosa el comenzar bien, si no se continúa y termina igualmente bien. La vida entera, por larga que sea, es breve a los ojos de un alma que trata de adquirir la perfección. Además de la gracia y buena voluntad, se necesita también el tiempo para purificar bien el corazón; en cuanto se deja de escardar, inmediatamente empiezan a brotar las malas yerbas. Pues igualmente, para que las virtudes puedan llegar a adquirir su pleno desarrollo, el novicio necesita de tiempo y de una asiduidad firme y perseverante.

18.—FORMACION MORAL (Continuación):

CELO POR EL SERVICIO DIVINO

La ocupación principal del monje es lo que San Benito llama en su Regla «la obra de Dios por excelencia»; a saber, la Santa Misa, el Santo Oficio y todo el conjunto de deberes religiosos que constituyen el servicio divino en nuestros Monasterios. Las disposiciones generales, con las que se debe aplicar a ejecutar la obra de Dios desde el noviciado, se reducen a la modestia de los sentidos, a la atención del espíritu y a la devoción del corazón.

1.º *La modestia exterior.* Ella es la madre del recogimiento y de la buena edificación. Los ojos fijos en el suelo levantan el alma al cielo y cierran la puerta a multitud de tentaciones. Sin la guarda de los sentidos no es posible adquirir la perfección; el novicio procurará, por tanto, aplicarse con todo esmero a ajustar su exterior y a ser modesto en todo lugar, y de un modo muy especial en la Iglesia y en el coro a causa de la real presencia de nuestro Señor en el Tabernáculo.

2.º *La atención del espíritu* es todavía más necesaria que la modestia del cuerpo. Un exterior bien compuesto edifica a los hombres y agrada al Señor, pero importa en gran manera el que el espíritu no se disipe con pensamientos extraños; pues, como dice San Bernardo, es una irrespetuosidad intolerable el tener la boca en el coro y el corazón en la calle. Con el fin de preparar su espíritu para asistir como es debido a la obra de Dios, es preciso que el novicio estudie los salmos, exprimiendo el jugo de la piedad que encierran, las ceremonias y el canto. Durante los intervalos hace su provisión espiritual y se llena de Dios con piadosas lecturas, dirigidas exclusivamente a su edificación y a su formación tanto cristiana como monástica. El mismo Jesús viene a ser su libro preferido. De esta manera, vacía de las criaturas y llena

de Dios, el alma se halla en excelentes disposiciones para la oración.

3.^o *La devoción del corazón.* Esta supone por de pronto el desprendimiento. ¿Cómo, en efecto, podría elevarse el alma hacia Dios en la oración, si el espíritu y la voluntad se hallan ligados a la tierra por la disipación, por las afecciones y por bagatelas? La oración y las lecturas piadosas, a que se debe aplicar en tiempos libres, reaniman el fuego de la devoción y sirven de continua preparación para el Oficio divino. Por fin las prácticas piadosas del Rosario, del Vía-crucis y de las Visitas al Smo. Sacramento aumentan el celo por el servicio divino.

19.—FORMACION MORAL (Continuación):

CELO POR LA OBEDIENCIA

San Benito exige del novicio el celo por la obediencia, consagra a esta virtud capital varios capítulos de su Regla y no hay página en ella, por decirlo así, en la que no hable de esta virtud bajo todas las formas; y hasta puede afirmarse que es el carácter más acentuado de su obra.

La obediencia, en efecto, es la guía que nos conduce a Dios. Guía importante; pues nos interesa en gran manera el saber lo que el soberano Dueño manda, aconseja o prohíbe. Guía

necesaria; pues sin ella nuestro espíritu con sus ilusiones, nuestro corazón con sus pasiones y nuestra voluntad con sus flaquezas nos lanzarían por un derrotero peligroso, o nos harían correr al menos fuera del buen camino. Guía constante, que no nos deja desde la mañana a la noche y regula todos nuestros pasos. Guía absolutamente segura, que pone a nuestra voluntad en conformidad y armonía con la sabiduría y el querer divinos, y comunicando a nuestras acciones la rectitud del supremo Hacedor, nos hace prácticamente infalibles e impecables. Y mientras la gente seglar, entregada a su propia dirección, no sabe qué partido tomar y no avanza sino temblando, el religioso, sin ninguna inquietud ni hesitación, tiene seguridad absoluta de que marcha por buen camino, mientras se deja regir por la obediencia.

La obediencia es, por tanto, el sol que disipa las tinieblas y nos da a conocer con suma claridad la voluntad divina; es el hilo conductor en el laberinto de los vicios y de las virtudes; es la nube refrescante que marcha delante de los hijos de Dios conduciéndolos a la tierra de promisión; es el ángel que guía a Tobías; es el mismo Dios que sin cesar nos está diciendo: «He aquí el camino de la vida; fuera de él no encontraréis sino el abismo». ¡Cuánta tranquilidad de espíritu comunica esta seguridad! ¡Y qué consuelos no experimenta el alma al saber que

por este medio no será extraviado ninguno de sus pasos!

La obediencia es un abatimiento lleno de honor. Pues qué ¿no consiste la verdadera grandeza en reconocer en los Superiores la persona de Dios, para así no rendirnos ni doblegarnos sino ante El sólo? ¿No consiste la verdadera nobleza en no pensar ni querer sino como Dios?

La obediencia es la llave de la perfección y una mina inagotable de tesoros para el cielo; pues además de los grandiosos méritos que en sí encierra, pone en ejercicio las otras virtudes, multiplica sus actos, y santificando todos los momentos del día, nada deja para el hombre, todo se lo da a Dios.

20.—FORMACION MORAL (Continuación):

CELO POR LAS HUMILLACIONES

La humildad es una virtud de primera necesidad por ser uno de los fundamentos de la vida espiritual. Esta es la virtud a quien promete San Benito la pureza del corazón y la perfección de la caridad.

Ella sólo es la que forma los verdaderos obedientes, pues ella sólo es la que puede mantenernos en la verdad de nuestra condición, es decir, en la dependencia de Dios, de la Iglesia, de la Regla y de los Superiores. Sin ella no pue-

de haber contemplación seria, pues el orgulloso no sabe adorar, se halla demasiado lleno de sí mismo para poder medir la distancia inmensa que existe entre la grandeza del Señor y nuestra nada, entre su infinita santidad y nuestra miseria; se atribuye los dones del cielo sin saberlos agradecer; y dándose muy poca cuenta de su impotencia radical y de la necesidad que tiene de la gracia, no se toma la molestia de implorarla mediante la oración, y si la pide, lo hace sin previa convicción de ello.

¡Sin la humildad, aunque se practiquen las austeridades, sobre todo las que tienen mucha apariencia exterior, no puede haber verdadera penitencia; porque el corazón tiene necesidad de ser humilde para poder reconocer sus faltas, confesarlas, arrepentirse de ellas, aceptar la expiación y confiar sus resoluciones a la desconfianza de sí mismo y a la oración.

La humildad y el desprendimiento son elementos indispensables para quitar los obstáculos y cavar los cimientos de las virtudes; y de un modo muy particular para que el corazón, despojándose del amor propio, se abraza todo en el divino amor. Cuanto más pequeños nos hagamos delante de Dios, tanto más nos levantará El, ahora en la gracia y en la paz, y después en los esplendores de la gloria. En medio de los peligros, de las ilusiones y de las pruebas, el humilde posee la fuerza y la seguridad, porque

sólo él sabe desconfiar de sí y recurrir a Dios. Al humilde, en efecto, el Señor le protege y le libra, le ama y le consuela, se inclina hacia él y le colma de sus gracias. (De Imit., Libr. II, cap. 2).

Para alcanzar una virtud tan necesaria, el novicio debe pedirla con grandes instancias e importunar a Dios llamándole en su ayuda desde el fondo de su miseria, porque no hay nada que repugne tanto al orgullo del hombre como la humildad.

Se ejercitará también en los actos de la misma virtud; pues, según dice nuestro Padre San Bernardo, la humillación es el camino que conduce a la humildad, del mismo modo que el estudio a la ciencia.

21.—LOS ULTIMOS DIAS DEL NOVICIADO.

Todo el tiempo del noviciado debe ser una preparación para la emisión de los votos. Un buen novicio ruega incesantemente para perseverar en el buen camino, estudia las Reglas, guárdalas con toda fidelidad, y de este modo se esmera en hacer cierta su vocación mediante las buenas obras (II Petr., c. I, v. 10).

A medida que avanza, va conociendo mejor sus miserias y la desproporción que existe entre sus disposiciones y la santidad de la vida

monástica; pero en lugar de dejarse abatir por el temor, se esfuerza por adelantar en la virtud, sacando partido aun de sus mismas faltas para progresar en la humildad. La vida es corta y quiere practicar el bien mientras haya tiempo.

Con el fin de llevar a la mayor altura la perfección de su sacrificio, que será su profesión religiosa, el novicio trata de penetrarse bien de los motivos que sirven para estimular la esperanza y el amor, tales como los siguientes:

1.º La profesión hecha en estado de gracia es comparable en sus efectos al bautismo y al martirio.

2.º Cuanto más se da, tanto más se recibe: la gracia, por tanto, entra en nosotros y fructifica en proporción con las disposiciones del corazón.

3.º El novicio considera el honor y la dicha del hombre que se consagra al servicio de Dios. El se nos ha dado sin reserva alguna en el pesebre, en la Cruz y en el altar; ¿puede haber consiguientemente cosa más justa y más gloriosa que el ser llamado a renunciar, por el amor de tan buen Maestro, a todo lo que es y a todo lo que tiene, ofreciéndole de este modo sacrificio por sacrificio y amor por amor? ¡Es cosa que verdaderamente enternece el unirse por lazos indisolubles al que es la gracia y la misma hermosura, la nobleza, la felicidad, la perfección y la bondad por excelencia, esposo amabilísimo y amantísimo de nuestras almas, que ha bus-

cado y solicitado nuestra alianza movido por su infinita misericordia, y que se acerca a nosotros lleno de una ternura y amor sin límites!

La emisión de los votos va precedida de un retiro espiritual de ocho días. Durante ellos, el novicio escucha la palabra divina con un corazón dócil, la considera y medita seria y atentamente, procura penetrarse bien de ella en el silencio y en la oración, y forma en la víspera de su profesión la irrevocable resolución de llegar a ser un santo.

CAPITULO CUARTO

La profesión de la Vida Cisterciense.

Susciendus autem, in oratorio, coram omnibus promittat de stabilitate sua et conversione morum suorum et obedientia coram Deo et sanctis ejus.

El que ha de ser recibide prometerá delante de todos, en el oratorio, su estabilidad, la conversión de sus costumbres y la obediencia en presencia de Dios y de sus santos.

(Regla de S. Benito cap. 58).

SUMARIO

- 22.—*Ceremonias de la Profesión temporal.*
23. *Ceremonias de la Profesión solemne.*—24. *Los Votos en general.*—25 *El voto de la obediencia.*—26. *El voto de la pobreza.*—27. *El voto de castidad.*—28. *El voto de estabilidad.*—29. *El voto de conversión de costumbres.*

22.—CEREMONIAS DE LA PROFESION TEMPORAL.

La profesión temporal tiene lugar en la sala Capitular con menos aparato que la profesión

solemne, que se verificará tres años más tarde. No obstante, se encuentra en ella todo lo que sea necesario para constituir la profesión religiosa, a saber, una promesa hecha libremente y legítimamente aceptada, por la cual un novicio, después de su tiempo de prueba, se entrega a Dios en la Orden.

El Abad se informa de las intenciones del pretendiente y le recuerda las obligaciones que va a contraer; de este modo, todos los asistentes son testigos de que obra sin violencia, con pleno conocimiento de causa y con entero consentimiento. Y solamente así es como se le recibe a hacer su promesa de obediencia, la que acepta el Abad abrazando al pretendiente. Este lee enseguida una cédula escrita de su mano, en la que promete la estabilidad, la conversión de costumbres y la obediencia según la Regla de San Benito.

No se hace mención de los votos de pobreza y de castidad; sin embargo la Iglesia obliga a todo religioso a observarlos y para nosotros los incluye en el de la obediencia.

Al joven profeso se le rasura la cabeza, para demostrar con ello que renuncia a las vanidades del mundo; y no conserva de sus cabellos sino un cerquillo en forma de corona, dando a entender con ello que el servir a Dios es verdaderamente reinar. Se ha alistado en la milicia del gran rey, y ya no le queda otra cosa que ha-

cer sino vestir su gloriosa librea. El hermano converso cambia su chaperón por una capa; y el corista quítase el escapulario blanco haciéndolo reemplazar por otro de color negro, y en lugar de la capa viste la cogulla, que viene a ser un largo y amplio manto blanco que le cubre desde la cabeza a los pies. La cogulla entorpecería sus movimientos para el trabajo; es un vestido que no se presta para la acción, es propio para la contemplación. Es vestidura de coro para el monje, y por eso la pone en el momento mismo en que se establece en la casa de Dios. Por su color blanco representa la inocencia bautismal recuperada con la profesión, la brillante pureza del alma que debe hacer nuestra vida penitente y contemplativa, la vestidura nupcial sin la cual no se puede presentar ni en el banquete eucarístico ni en las bodas celestiales, la gloriosa inmortalidad que coronará nuestros trabajos y sacrificios.

23.—LAS CEREMONIAS DE LA PROFESION SOLEMNE.

Esta ceremonia tiene lugar durante la misa mayor y se verifica con gran solemnidad. Se realiza después del Evangelio, como el mejor acto de fe y de amor que se pueda ofrecer a Aquel que nos invita a dejarlo todo para marchar en

su seguimiento. Precede al Ofertorio, porque es la ofrenda de un sacrificio que continuará toda la vida.

El Abad pregunta por última vez al profeso, qué es lo que desea, a fin de que conozca públicamente su voluntad y se ofrezca con plena deliberación; le dirige una exhortación, y después impone el *Veni Creator*, que continúan juntos todos los asistentes. Dicha la oración, el profeso, de pies ante las gradas del presbiterio y teniendo a su lado al P. Prior, pronuncia sus votos cantando la fórmula de su profesión. Se halla de pies como el sacerdote en el altar para denotar la firmeza con que está dispuesto a llevar una vida conforme en todo con sus promesas, permaneciendo toda su vida sacrificador a la vez que víctima inmolada por sus propias manos.

El profeso se va luego al lado del Evangelio, donde firma su acta de profesión en una mesa preparada para el efecto. Inmediatamente va a postrarse al pie de las gradas del Altar, sube a él, deja su cédula de profesión al lado de la epístola, besa el altar y vuelve a colocarse otra vez ante las gradas del presbiterio. Después de otras varias oraciones y ceremonias, el profeso, acompañado siempre del Prior, va a ponerse de rodillas delante de cada religioso, diciéndole: «Padre, rogad por mí». Todos le prometen el socorro de sus oraciones abrazándole y deseán-

dole que el Señor le ampare en vida y en la muerte. Con esto queda asegurado de que no será sólo en llevar el peso de su cruz: La caridad de sus hermanos le sostendrá.

La ceremonia se termina con el «Te Deum». Es la acción de gracias que no cesará jamás en los labios y en el corazón del profeso después de haber obtenido el incomparable beneficio de la profesión religiosa. Se complacerá en repetir a menudo con el Autor de la «Imitación de Cristo» (Lib. III, 10): Es un grande honor y una gloria muy singular el servir a Vos, Jesús mío, y el de menospreciar todo por vuestro amor. ¡Oh dulce y amable servidumbre de Dios, en la que el hombre vuelve a hallar la verdadera libertad y la santidad.

24.—LOS VOTOS EN GENERAL.

En virtud de la santa profesión, llega uno a hacerse religioso y está obligado a marchar siempre adelante. De puro consejo para los seglares, esta tendencia a la perfección constituye la ley fundamental del claustro; y este deber es tanto más riguroso en nuestras soledades, cuanto mayor es el abrigo que nos ofrecen contra los peligros del mundo; cuanto mayor es la abundancia con que la gracia fluye en ellas. Verdad es que el corazón puede mantenerse desprendido

entre las riquezas, puro en el matrimonio y humilde en plena independencia, como lo demuestran los ejemplos de un San Luis y de otros muchos, que no tuvieron necesidad de la ayuda de los votos para correr hacia la perfección. Pero mientras los seglares tropiezan con muchos obstáculos, en medio de un mundo lleno de escollos y fértil en naufragios, el religioso encuentra en su misma profesión, juntamente con la obligación de irse haciendo mejor cada día, una superabundancia de gracias para poder realizar esos continuos progresos; la corriente de su vida le lleva por necesidad hacia el cielo, como un torrente benéfico y salvador, y no se puede negar que es a sus votos y a sus Reglas a quienes debe tan incomparable favor.

Los votos son, en efecto, nuestro principal medio para llegar a la perfección. Destruir por completo el hombre viejo y edificar el nuevo hasta llegar a la cumbre de la perfección, es el fin que persiguen nuestros votos, así como también adquirir las virtudes a ellos correspondientes y practicar las observancias que vienen a completar su eficacia.

La pobreza y la castidad con sus respectivas austeridades desempeñan un papel sobre todo privativo y destructor; nos despojan de los bienes temporales y de los gustos de los sentidos, para así llegar a suprimir el amor desordenado y las solicitudes y pretensiones de este mundo.

La obediencia, combatiendo continuamente contra la voluntad y el juicio propios, es el gran destructor del orgullo y de toda suerte de pecados; sin embargo, el oficio que ejerce es sobre todo creador, pues cada una de sus prescripciones nos hace colocar una o varias piedras en el edificio de nuestras virtudes. Por ella, Dios preside, como autor de nuestra salvación, a este doble trabajo de demolición y de construcción. Nada se hace sino bajo su dirección y según sus planes.

La estabilidad nos fija y establece en el taller espiritual, a fin de que jamás se interrumpa el trabajo de nuestra santificación.

El voto de conversión de costumbres estimula nuestra inercia a fin de que no aflojemos nunca en este trabajo. He aquí, pues, la grandiosa obra a la cual consagra su vida el Cisterciense.

25.—EL VOTO DE OBEDIENCIA.

De los tres votos de religión, la obediencia es:

1.º El más elevado en su objeto: «Grande es la pobreza y más excelente aun la castidad, pero la obediencia, bien observada, es todavía superior a ellas; porque la primera menosprecia los bienes exteriores, la segunda somete a la carne, y la tercera reina sobre la inteligencia y la voluntad. (Papa Juan XXII in Extr. Quemadmodum)

2.º Los otros dos votos son una espada menos penetrante; mas este inmola a Dios lo que hay de más íntimo y personal en nosotros.

3.º Los otros no se muestran tan extensos ni tan generosos en sus efectos. La virtud que este nos hace practicar es, en decir de S. Agustín, «la más grande en cierto sentido», «la madre y la guarda de todas las virtudes». Dando la voluntad, que es la que mueve cada una de nuestras facultades, la obediencia ofrece todo sin reservarse nada. Como es ella la que gobierna todas y cada una de nuestras acciones hasta el último término de la vida, ella hace de toda nuestra existencia un holocausto total, continuo y perpetuo.

4.º Este voto es el más necesario al estado religioso, es el que une a la cabeza con los miembros y a estos entre sí, formando con todos una comunidad; es él quien imprime a este cuerpo la unidad de acción, dándole la fuerza y la hermosura de un ejército bien disciplinado, conduciéndole a la victoria y haciendo reinar en él, mediante las reglas, la sólo voluntad de Dios.

5.º Es el más extenso de los votos; pues incluye implícitamente los otros y resume en sí solo la vida religiosa.

El voto consagra nuestra obediencia y le comunica el encumbrado mérito de religión, que es la más grande de las virtudes morales.

Las Reglas, a las que nos sometemos por el

voto de la obediencia, tienen una importancia capital; ya para la Orden, porque ellas le dan su fisonomía distinta, santifican sus miembros y aseguran su prosperidad; ya para la casa, porque unen entre sí los miembros de ella; ya en fin para los superiores, porque ellas marcan la extensión de sus poderes, son su mejor guía y una justificación sin réplica. Todos en una palabra deben amar nuestras Reglas, del mismo modo que su alma, su eternidad y su soberano Dueño; ellas nos enriquecen para el cielo y con ellas poseemos a Dios aun en este mundo.

26.—EL VOTO DE POBREZA.

Todos los religiosos hacen profesión de pobreza; pero no en todos los Institutos se observa de la misma manera. Cada uno de ellos ha determinado la extensión y establecido su práctica según su propio carácter, sus ministerios, su fin y otras circunstancias que varían mucho según la diversidad de las Ordenes. La Orden Cisterciense, fundada sobre el trabajo de manos y la estabilidad local, necesita afianzarse y arraigarse en el suelo; la pobreza, entendida del mismo modo que en las Ordenes mendicantes, no le permitiría conseguir su fin; admite, por tanto, posesiones en común, a fin de poder atender a sus necesidades y hacer bien a los demás; pero queriendo llevar sus miembros a muy al-

ta perfección, personalmente los hace tan pobres como en el más austero Instituto, despojándoles hasta el más alto grado posible, a fin de que vaciando sus manos vacíen también sus corazones, no permitiéndoles poseer otro tesoro que a Dios.

La profesión temporal no quita ni el derecho de poseer ni la capacidad de adquirir. El profeso de votos temporales conserva por consiguiente el dominio radical de sus bienes. Se le prohíben la administración, el usufructo y el uso de sus bienes; debe, por tanto, ceder todo eso a la persona que él quiera antes de la profesión para los tres años que han de durar sus votos temporales.

Los votos solemnes despojan al religioso de todos sus bienes exteriores y le hacen incapaz de adquirir otros por sí mismo.

La profesión nos hace, por tanto, más pobres aun que a los pobres del mundo; cedemos hasta nuestra propia voluntad; no nos es permitido tener nada propio, ni aun decir que una cosa es nuestra; el producto de nuestro trabajo pertenece a la Comunidad, y lo que nos sea necesario para la vida debemos esperarlo y recibirlo de la caridad del Padre del monasterio.

El voto de la pobreza, si le guardamos con fidelidad, hará nuestra vida dichosa y productiva. ¡Qué nos han de importar esos bienes caducos que apenas se pueden adquirir sin trabajo, con-

servar sin cuidado y perder sin dolor; esos bienes miserables que inflan, que fascinan, que seducen! ¡De qué libertad tan grande disfrutan los que no se hallan ligados a cosa alguna de este mundo! ¡Cuán amados de Dios son y poderosos sobre su corazón los que nada quieren en la tierra fuera de El!

27.—EL VOTO DE CASTIDAD.

El voto de castidad tiene por objeto domar la concupiscencia de la carne. Mas que un sacrificio parece ser un desasimiento; privándose de ciertas satisfacciones que están permitidas a los demás, el cuerpo permanece santo como un templo, el espíritu se desentiende de los cuidados de la tierra y el corazón concentra en Dios todos sus afectos; el alma queda más libre para conservarse pura fuera de los peligros y para unirse a Dios en una contemplación llena de amor y de familiaridad.

El voto de castidad nos prohíbe el matrimonio y todo lo que es contrario al sexto y noveno mandamiento.

Para practicar la castidad, es preciso concebir muy alta estima de ella y amarla mucho, como nos lo dice nuestro Padre San Benito después del Apóstol. «¿Hay por ventura cosa que merezca más los atractivos de nuestro corazón?». Es la virtud amable, la virtud bella, la flor de la re-

ligión y el fundamento de la santidad, según la expresión de San Agustín.

Para guardar la castidad, son necesarias la vigilancia que previene el peligro, la oración que obtiene la gracia y la mortificación que reprime los enemigos interiores, moderando las pasiones y domando la concupiscencia. Las observancias monásticas ponen en movimiento esos poderosos medios y nos aseguran el tesoro de la inocencia.

La castidad no sólo es más excelente que el matrimonio, sino también más fecunda, pero para Dios, para las almas y para la vida eterna. Libre de los lazos terrenales, ella se desposa naturalmente con los intereses del cielo y de la Iglesia y tiene por familia a la humanidad entera; su caridad es más universal y su actividad más desinteresada.

La castidad es sobre todo hermana del amor hermoso. La santa virtud y la pureza de un corazón desinteresado encantan al Esposo de las Vírgenes, atraen las efusiones de su divina ternura y hacen al alma amante y generosa; es a ella a quien está prometida la visión de Dios (Matth., v. 8); ella la posee, ella la disfruta y se enardece e inflama. Entonces no hay más que un solo temor y es el de perder o contristar a su Amado; el amor comunica una delicadeza extremada para no disgustarle en lo más mínimo, y una energía singular para rechazar

todo lo que pudiera en nosotros empañar o destruir la bella virtud.

28.—EL VOTO DE ESTABILIDAD.

El voto de estabilidad nos obliga a vivir y a morir como religiosos, no solamente en la Orden, sino también en la casa a la cual nos hemos ligado con dicho voto.

El espíritu de estabilidad incluye en primer lugar el amor de la vida religiosa. Nos quita el gusto, el aprecio, la estima y el deseo del mundo. El monje que se halla animado de este espíritu no encuentra contento alguno en los placeres, honores y bienes perecederos de esta vida. Se alegra de haber escogido la mejor parte, de vivir con Nuestro Señor y de llevar su yugo ligero y suave. Ama de todo corazón esta vocación bendita, cada vez más apreciada y amada, en la que, alejado de la agitación y fascinaciones del mundo y gustando la paz del claustro y los consuelos del sacrificio, no piensa ni se ocupa de otra cosa que de Dios y de su alma.

El espíritu de estabilidad incluye en segundo lugar el amor de nuestra Orden. El verdadero Cisterciense reconoce el mérito de las otras Congregaciones y se regocija de ver a la Iglesia adornada con tantas y tan preciosas joyas; mas por encima de todas las otras aprecia a su familia religiosa. La experiencia le enseña todos

Los días que para él no hay mejor vocación que esta. Si se ve algún tanto defraudado en sus esperanzas de santidad y de felicidad, no echa la culpa a sus Reglas, sino a su poca generosidad; toma nuevas resoluciones de aplicarse con mayor fidelidad a la observancia, y no podría menos de considerar como una infidelidad el fijar su mirada en alguna otra Orden religiosa fuera de la suya.

Finalmente, el espíritu de estabilidad incluye también el amor de su propio monasterio. Puede haber otras personas más ricas y dotadas de mejores prendas, pero para un hijo bien nacido y educado no hay persona comparable a su madre; él sabe que después de Dios es ella a quien debe todo, y por tanto la aprecia sobremanera, le profesa un verdadero culto.

El triple amor de la vida religiosa, de la Orden y del monasterio, debe manifestarse por la fidelidad a todas las observancias, fidelidad que es el fin de nuestra estabilidad y en las que se resume su espíritu. Es también su salvaguardia, porque tanto más se arraiga uno en el amor de su estado, cuanto con mayor esmero se cumplen sus deberes.

29.—EL VOTO DE CONVERSION DE COSTUMBRES.

La conversión de costumbres es el fin del estado religioso, el deber por excelencia que resulta de la profesión. Nuestro Padre San Benito, queriendo hacerle más sagrado, lo ha convertido en objeto de un voto especial, por el que el religioso se obliga a convertirse incesantemente del mal al bien, del bien a lo mejor y de lo mejor a lo perfecto; en otros términos: a tender a la perfección toda la vida según nuestras Reglas.

Prometemos la conversión de las costumbres y no de los actos. Verdad es que combatiendo el pecado, luchando contra las tentaciones y las malas inclinaciones, y enderezando las pasiones y practicando las virtudes, el religioso elimina los malos actos y multiplica los buenos, pero lo que con esto se propone es convertir sus costumbres, es decir, transformar los hábitos interiores de su alma. Tenía costumbre, por ejemplo, de pensar, de hablar, de obrar a la manera de la gente seglar; pues en adelante se esforzará en hacerlo como los religiosos y como el mismo Jesucristo; ha renunciado al siglo, debe abandonar también su espíritu; se ha despojado de los bienes de la tierra, es preciso que también se desprenda de ellos de corazón. Tiene sobre todo necesidad de vencer el orgullo tan variado en sus tendencias, el temor de los sufrimientos.

y el amor de los goces y comodidades. En una palabra, el hombre viejo, que tiene tanto de vivaz como de sutil, se desliza todavía en nuestros pensamientos, en nuestras afecciones y obras, apartándolas de Dios e inclinándolas hacia la criatura. Pues bien; todo esto hay que enderezarlo y dirigirlo hacia Dios y tratar de hacerse semejante en todo a nuestro Señor, si no se quieren ocultar costumbres seculares bajo el hábito religioso. El objeto de nuestro voto de conversión de costumbres es esta transformación continua, en la que el alma se purifica, progresa en el camino de la virtud y se une a Dios en dulce y amistosa intimidad.

El voto no nos obliga a poseer esta transformación realizada ya, sino a tomarla por fin y por objeto, a quererla, a amarla, a tratar de adquirirla con firmeza perseverante y a hacer lo posible, lo necesario para llegar a ser buenos, mejores, perfectos. El trabajo seguramente es rudo, pero suele ir acompañado de algunos consuelos aquí en el mundo, y se encarga además de obtenernos en la otra vida gloria imperecedera y bienes eternos.

CAPITULO QUINTO

Un día de la Vida Cisterciense.

Qui Regulac vivit, Deo vivit, (San Greg. de Nisa).

El que vive según la Regla, vive según Dios.

Dies pleni invenientur in eis (Ps. 72).

Vivirá días llenos.

SUMARIO

30. Los ejercicios cotidianos.—31. El levantarse.—32. El oficio parvo de la Santísima Virgen.—33. La oración: sus ventajas.—34. La oración: su práctica.—35. El oficio canónico en general.—36. El oficio canónico: Maitines y Laudes.—37. La Santa Comunión.—38. El oficio de Prima.—39. La reunión en la sala capitular.—40. El trabajo de manos.—41. Los estudios.—42. El silencio regular.—43. Tercia y la Misa mayor.—44. Sexta y el exámen particular.—45. El ayuno.—46. La comida.—47. La siesta y el oficio de Nona.—48. Los intervalos.—49. Vísperas y la oración de la tarde.—50. Completas y el acostarse.

30.—LOS EJERCICIOS COTIDIANOS

El religioso Cisterciense hace grande aprecio de los ejercicios cotidianos que llenan su vida. Constituyen el tributo de homenajes que el Señor exige de él, la parte del servicio que le señala para hacerle la corte, y los medios ordinarios para corregir sus defectos, adquirir las virtudes de su estado, atesorar grandes méritos y glorificar a Dios.

Algunos de los ejercicios, como el oficio del coro y del altar, son la cosa más sublime que hay sobre la tierra. ¿No es igualmente cosa singularmente gloriosa el conversar con Dios de corazón a corazón en la oración privada y el alimentarse del Verbo divino en las lecturas piadosas? Verdad es que la obediencia nos encarga a veces cosas menudas e insignificantes y nos ocupa en empleos muy modestos; de nuestra parte no los menospreciamos, ni tratemos de sustituirlos por otras obras más santas en apariencia. Las mejores acciones no podrán ser del agrado de Dios si están en oposición con su santa voluntad, y por el contrario las menores cosillas tendrán estimación muy alta ante sus ojos si son hechas por obediencia y con buenas disposiciones.

Las ocupaciones de Jesús María y José en Nazaret no eran muy brillantes a los ojos del mundo; sin embargo, ellas alegraban y arrebatában

el corazón del Dios Padre, excitaban la admiración de los ángeles y salvaban la humanidad.

Por la fidelidad en las menudas observancias se formaron los santos del claustro, pues tenían por máxima aquella admirable expresión de San Agustín, a saber; las cosas pequeñas pequeñas cosas son, pero no deja de ser muy grande cosa el ser fiel en las cosas menudas. Así como con la multitud de gotas de agua se forman los ríos y los océanos, del mismo modo multiplicando los pequeños productos se termina por amontonar una cosecha opulenta. Mantenerse fiel a su Regla día por día, hora por hora, y esto hasta en los más mínimos detalles y pormenores, he aquí los elementos de la más alta perfección religiosa.

Dos cosas son, además del estado de gracia, las que tienen una impostancia capital en la santificación de nuestros ejercicios cotidianos. La primera es la pureza de intención, pues cuanto más viva y sobrenatural sea nuestra intención, tanto más subirá el valor de nuestras obras. La segunda es el fervor de la voluntad, haciéndolo acompañar de toda la fe, amor y generosidad que pueda haber en nosotros.

31.—EL LEVANTARSE.

El religioso, y aun el mismo cristiano, debe levantarse de la cama con prontitud y con modes-

tia para alejar de sí la pereza y no dar lugar a la tentación. Esto no nos es difícil a nosotros, porque durmiendo vestidos, según la prescripción de la santa Regla, estamos ya dispuestos para el momento que se oiga la señal. Hay muchos en nuestros monasterios a quienes el segundo golpe de la campana jamás les coje en la misma posición que el primero. Procuremos imitar su ejemplo con la ayuda de Dios, obedeciendo con prontitud desde el momento que se oiga la voz del Señor, dirigiendo hacia El nuestro; pensamientos y formando devotamente la señal de la Cruz.

Santa Lutgarda, religiosa de nuestra Orden, viéndose acometida por las calenturas a la hora en que tocaban a Maitines, se resolvía ya a quedarse en la cama, cuando oyó una voz que le dijo: «¿Por qué vas a descansar tanto?. Levántate inmediatamente a pesar de los sudores de tu cuerpo, pues es preciso que hagas penitencia por los pecadores que se hallan endormecidos en sus vicios». Haciendo poco caso del malestar de su cuerpo, se levantó y vino al coro, donde nuestro Señor en una visión deliciosísima la colmó de caricias y de bendiciones.

El divino Maestro se halla en la iglesia y nos llama con el corazón abrasado de amor y con las manos llenas de gracias. Vayamos pues presurosos a presentarnos ante nuestro Padre y el mejor de nuestros amigos, deseosos de ser los

primeros en presentarle nuestros homenajes y en recibir su bendición. Pero a pesar del mucho fervor que nos mueva a adelantarnos a nuestros hermanos para presentarnos delante de Dios, es preciso que guardemos las leyes de la modestia y de la gravedad. Así lo quiere la santa Regla, no menos enemiga de la precipitación que de la lentitud. Se faltaría por tanto, a sus prescripciones, ya apresurándose de manera que pudiéramos ofender a quienes vayamos dejando detrás, ya permaneciendo los últimos sin razón ni motivo que nos justifique, ya en fin señalándonos entre todos como perezosos y remolones. En este punto, lo mismo que en los otros, es preferible apresurarse en partir que apresurarse en marchar.

Si el tiempo nos permite, podremos recitar alguna oración vocal. Aconsejamos además el añadir, según las circunstancias del tiempo o de la fiesta, un motivo piadoso que, desde el momento que despierta nuestro espíritu, ocupe nuestra atención, excite la devoción y venga a ser como la chispa del fuego divino que se avivará más y más luego con la oración.

32.—EL OFICIO PARVO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

El oficio parvo de la Santísima Virgen precede al oficio canónico, en todas las horas del día

y de la noche, excepto a Completas. Tal ha sido siempre la práctica constante de la Orden. Está muy puesto en razón que nuestras primeras alabanzas vayan enderezadas a nuestra muy amada Madre María. ¿Pues qué? ¿No es Ella la Madre de Dios, nuestra Mediadora ante su Hijo, como Jesús lo es ante su Padre? Comenzamos, pues, por postrarnos a los pies de esta Amable Soberana, rogándola nos introduzca en la audiencia del gran Rey, presentándole nuestras plegarias a fin de que sean mejor escuchadas y suplicándola se interponga Ella como misericordiosa Abogada, de lo que seguramente tenemos suma necesidad. Hijos afectuosos y entusiastas de María, será también Ella a quien ofreceremos nuestros últimos homenajes al fin del día en el Oficio de Completas.

Presentada la Comunidad en la iglesia y dada la señal por el Abad, los religiosos se postran para dar principio en común al rezo del oficio parvo de la Santísima Virgen. Nos arrojamos a los pies de nuestra amada Señora para honrar su dignidad de Reina, cobijándonos bajo su protección como las pequeñas avecillas bajo las alas de su madre, considerándonos dichosos de depositar nuestro corazón a sus virginales plantas; procurando hacer todo esto cada vez con mayor confianza y con más tierno amor.

Se da principio al oficio por los cinco versículos del Invitatorio, y después viene el himno:

«Quem terra...» en honra de la maternidad divina. Siguen tres salmos que contienen las alabanzas de su adorable Hijo. ¿Podemos hacer mejor la corte a la Reina de los cielos que encalzando al fruto de sus entrañas con palabras dictadas por el Espíritu Santo?... Viene a continuación la lección «Admitte»... Nuestras humildes súplicas son seguramente escuchadas. Jesús no rehusa nada a su Madre, y nosotros hemos ganado el corazón de la Madre, bendiciendo a su adorado Hijo.

Al rezar Laudes, podemos considerarnos como seres introducidos por la soberana Virgen en presencia del gran Rey sentado sobre su trono, para bendecirle y glorificarle. Después continuamos las alabanzas de nuestra Señora con el himno «O Gloriosa Domina», y por fin en el cántico «Benedictus» la pedimos tenga a bien dirigirnos por los senderos de la justicia y de la paz.

33.—LA ORACION: SUS VENTAJAS.

Media hora después de levantarse y terminado el oficio de la Santísima Virgen, tiene lugar la oración, que dura igualmente una media hora. La vida Cisterciense está organizada con miras sobre la oración; las Reglas nos invitan a aplicarnos a ella con frecuencia y nos conceden pa-

ra ello tiempo más que suficiente durante los intervalos.

La oración mental es, por decirlo así, el alma de nuestros piadosos ejercicios; nada nos puede preparar como ella para el oficio divino y para la recepción de los sacramentos, ella comunica una unción penetrante a nuestras lecturas, sobrenaturaliza el trabajo de manos, ayuda a vencer las tentaciones, hace aceptar las penalidades de la vida y nos arma para triunfar en los combates espirituales.

La meditación fortifica las convicciones y provoca los afectos, las peticiones y las resoluciones. La oración afectiva es un entretenimiento que se tiene con Dios de corazón a corazón, y un trato de íntima amistad en el que el alma se une amorosamente con el Señor. Es entre los hombres de oración donde hay que buscar las grandes almas abrasadas en el amor y ansiosas del sacrificio, de la abnegación y de la obediencia.

El fin de la oración es presentar a Dios nuestros homenajes y hacernos mejores. Para obtener este doble fin, ella se esfuerza en ilustrar el espíritu, en encender el corazón y en someter la voluntad. Cambiando de medios según las varias disposiciones del alma, ella da bríos para el combate con el temor del infierno, hace progresar por los caminos de la virtud con los deseos del cielo, aviva el fuego del santo amor para estrechar más y más la unión con Dios,

ayuda al pecador, al tibio, al disipado y al inmortificado para salir del triste estado en que se hallan, al alma fervorosa para que se encienda más y más en el amor divino, y a la que se encuentra combatida por la prueba y por la tentación a luchar sin desfallecimiento y a sufrir con espíritu de fe. En una palabra, proporciona a cada uno los medios para cumplir actualmente con su deber y para ir caminando siempre hacia adelante.

Los mejores elementos que pueden contribuir a que la oración resulte provechosa, son, por de pronto, el deseo de sacar fruto de ella y la voluntad de perseverar igualmente en ella, cueste lo que costare. Si después el alma se esfuerza en vivir con pureza, sola con el Amado de su corazón y silenciosa como un santuario, estas disposiciones favorecen mucho la oración, al paso que esta les infunde a ellas gran fuerza y vigor; y de este modo las relaciones con Dios vienen a convertirse en una profunda, delicada y sincera intimidad.

34.—LA ORACION: SU PRACTICA

Para la oración de la mañana, es muy conveniente preparar la noche anterior un punto de meditación. Llegado el momento de empezar la oración se pone en postura respetuosa y se hace la preparación inmediata. Esta consiste en

ponerse en la presencia del Señor, en reconocerse indigno de comparecer delante de El, en implorar las luces del Espíritu Santo, y por fin en unirse con Jesús.

Se medita luego la materia o el punto bajo sus diversos aspectos para convencer el espíritu, inflamar el corazón y cautivar la voluntad. Conviene que al hacer estas reflexiones nos entremos dentro de nosotros mismos, para examinar y averiguar si practicamos lo que estamos meditando, en qué faltamos en contra de ello, y cuáles serán los medios más acertados para poner remedio a la cosa.

La luz y la convicción han penetrado el espíritu; lo que ahora importa es hacer pasar esa luz y convicción del espíritu al corazón, y del corazón a la voluntad y a la conducta. Por lo demás si se limita uno a hacer reflexiones y a tener el examen, esto no es oración propiamente dicha, es más bien un simple estudio; la oración consiste propiamente en las afecciones o aspiraciones que se dirigen al Señor, en las peticiones de gracias que se hacen y en las resoluciones que se toman en lo concerniente a la vida espiritual.

Estos afectos o aspiraciones nacen de las reflexiones que se hacen sobre el punto que se va meditando; pueden provenir también del examen que hagamos sobre nuestra conducta, o de las disposiciones presentes y de las circunstancias.

Las peticiones son unas súplicas humildes, apremiantes, afectuosas. Se pide en primer lugar lo que va relacionado con la meditación, y después otras gracias necesarias para sí, para la Orden, para la Iglesia, y para las personas o intenciones que nos han sido recomendadas.

La resolución que se ha de tomar consiste en una voluntad sincera, firme, generosa y práctica, esto es, enderezada a corregir la conducta sobre un punto determinado.

La conclusión de la oración se reduce a agradecer a Dios las gracias que se han recibido y a pedir perdón por las negligencias que se han cometido. Se puede terminar con el «Sub tuum» a fin de atraer sobre la resolución tomada la protección de la Santísima Virgen.

Al cabo de cierto tiempo, más o menos largo, se nota generalmente que la meditación cede el lugar a la oración afectiva. Las reflexiones disminuyen y tienden a desaparecer. En efecto, con la costumbre de reflexionar y con progresar en la virtud las convicciones se forman con mayor presteza, y entonces las aspiraciones y las peticiones brotan sin dificultad alguna.

31.—EL OFICIO CANONICO GENERAL.

El oficio divino es la gloria y el consuelo de los buenos religiosos, que no se cansan de meditar sus excelencias y sus ventajas. Es la prin-

cial, la más augusta y la más meritoria de nuestras ocupaciones. Es «la obra de Dios»: jamás llegaremos a comprender todo lo que se encierra en esta palabra, ya de grandeza, ya de santidad, ya de deberes. «Después de la misa (y de los Sacramentos), dice San Alfonso María de Liguorio, no hay en la Iglesia otro tesoro más precioso; grande es la abundancia de gracias que podemos sacar del oficio divino todos los días... Cien oraciones privadas no valen tanto como una sola oración del breviario».

El oficio canónico no es solamente una oración nuestra, sino que es además oración pública y oficial de la Orden y de la Iglesia; nosotros representamos el papel de gente diputada por los pueblos; es en su nombre que debemos nosotros dar gloria a Dios, suplir el olvido en que se le tiene, aplacar su justicia, implorar su misericordia y agradecerle sus dones y beneficios.

El oficio canónico en este mundo es un aprendizaje y un eco de los cantos de la eternidad; Jesús es quien preside el coro desde el fondo del Tabernáculo; los ángeles se hallan unidos a nosotros, pues muchas veces se les ha visto salmodiar en unión con los religiosos rebotando de gozo y de alegría. Por eso la Regla nos indica la presencia de la Majestad divina y de la Corte celestial como un poderoso incentivo de fervor.

Muchas son las inclinaciones, genuflexiones y

otra clase de ceremonias que debemos practicar según la prescripción de los usos. Los patriarcas y los profetas se postraban a menudo delante de Dios. Con el rostro contra el suelo oró también nuestro Señor a su Padre en su dolorosa agonía del huerto. Todas las posturas del coro han sido inspiradas por la más viva piedad, y millares de santos de nuestra Orden las han practicado con toda fidelidad. Cuando nosotros las observamos con el mismo espíritu de fe, ellas constituyen un homenaje interior gloriosísimo para la Majestad divina y un continuo ejercicio de obediencia y de religión. Su conjunto, lleno de majestad y de piedad, impresiona sobre manera, y son muy propias para despertar las almas tibias y perezosas, y para avivar los sentimientos de reverencia, de humildad y de fervor con que quiere nuestro Padre San Benito que nos presentemos delante de Dios.

36.—EL OFICIO CANONICO: MAITINES Y LAUDES.

Nuestros padres fueron verdaderamente bien inspirados para colocar el oficio canónico de la noche después de la meditación regular. La oración inflama el corazón y enciende el fuego en el que debemos estar abrasados durante la salmodia. Entonces el espíritu se pone de acuerdo con la voz, y cantamos como se canta cuando el co-

razón está contento y el alma llena, según la expresión del Profeta real.

En el momento en que el Cisterciense empieza a rezar los Maitines y Laudes, esto es, ordinariamente a las tres, es muy posible que sea el único religioso llamado al Coro por su Regla. Hay varias Ordenes que dan principio a la salmodia hacia la media noche, pero terminado el oficio vuelven a acostarse, consagrande de esta manera al sueño las horas que preceden al día. Nosotros, somos, por tanto, los diputados por la Iglesia para llenar ese intervalo, a fin de que las alabanzas del Señor no se interrumpen.

Los Maitines empiezan por el invitatorio que nos indica el objeto de la jornada litúrgica y excita nuestra devoción. A continuación podemos, según nos pareciere mejor, seguir el sentido literal de los salmos o fijar nuestra atención sobre la idea principal que se desarrolla en el salmo. Las lecciones no dejan de inspirar grande interés sobre el oficio a causa de las instrucciones que encierran y de los bellos sentimientos que expresan.

El «Te Deum» merece una consideración muy particular; es un momento preciosísimo para renovar el fervor. La Regla quiere que el Evangelio de los Maitines sea escuchado con un temor respetuoso. Por fin, teniendo presente que la bendición de nuestros Abades es uno de los sacramentales, excitaremos en nuestro corazón

sentimientos de compunción para recibir la que se nos da al fin de los Maitines.

El oficio de Laudes viene a ser la oración de la Aurora, es decir, de la Resurrección. El gogo, el reconocimiento, la bendición y la alabanza llenan los salmos de que se compone. Entre nosotros se acostumbra dar mayor solemnidad al canto del «Benedictus»; abriremos pues nuestros corazones a las efusiones del amor, de la alegría y del reconocimiento.

Antes de dejar el coro, próximamente a las cuatro, rezamos el «Angelus», práctica muy gloriosa para María y sumamente conmovedora y consoladora para nosotros.

El intervalo que sigue al oficio de la noche lo destinan nuestras Reglas al estudio de los salmos, a las misas privadas y a la santa Comunión.

37.—LA SANTA COMUNION.

«Yo soy el verdadero pan del cielo, el pan de Dios, el pan de la vida... Si no comiéreis mi carne y bebiéreis mi sangre, no tendréis la vida en vosotros... El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él; él vivirá de mi vida» (San Juan, cap. VI).

Palabras sorprendentes que escandalizaron a los judíos y que forman las delicias de los cristianos; promesas absolutamente seguras, emanadas de Aquel que es la Verdad y la vida.

Infinitamente superior al maná, la santa comunión repara las fuerzas del alma, conserva y desarrolla en nosotros la vida divina, ella nos une íntimamente con el divino Maestro, nos embriaga con su dulzura, aviva el fuego del santo amor, reprime la concupiscencia y nos hace terribles al demonio; ella borra las faltas ligeras, nos preserva de las grandes, hace posibles todos los sacrificios y nos conduce a la tierra prometida de la eterna bienaventuranza.

El uso frecuente de este pan sustancial y de este vino generoso es quien dió principalmente el celo a los apóstoles, la fuerza a los mártires, la pureza a las vírgenes, y a los confesores el heroísmo de todas las virtudes. Según el sentir casi unánime de los Padres, este es por excelencia el pan cotidiano que nuestro Señor nos enseña a amar y a pedir.

La santa Iglesia nos exhorta con grandes instancias a que recibamos frecuentemente la Comunión y aun todos los días. El Cisterciense responde con amor y reconocimiento a una invitación tan afectuosa. Tiene necesidad de este socorro divino para ser fiel a sus obligaciones religiosas; por otra parte la vida regular es una preparación habitual para la santa comunión y una continua acción de gracias. Se acerca, por tanto, todos los días al banquete divino para alimentar su alma de Dios y sumergirla en la hoguera del Amor.

Verdad es que tenemos otros medios que nos ayudan para tender a la perfección, pero ninguno de ellos es comparable a la comunión diaria; porque esta nos da, no solamente la gracia, sino también la fuente de la gracia y al mismo Autor de la vida. Jesús sacramentado es la luz, el amor, la consolación, el Todopoderoso.

38.—EL OFICIO DE PRIMA

El oficio de Prima, que se reza a las cinco y media, se compone de dos partes muy distintas; la primera se canta en la iglesia con la solemnidad correspondiente a la fiesta, y la segunda se continua en la sala capitular siempre en tono ferial.

La parte del oficio de Prima que se canta en la iglesia es una magnífica oración matinal, cuyas fórmulas pueden disponernos a pasar muy santamente el día.

En el himno «Jam lucis orto sidere...» pedimos al Señor que ponga un freno a nuestra lengua, que cubra nuestros ojos con el velo de la modestia, que guarde puro nuestro corazón, que aleje de nosotros la furia de las pasiones y que quebrante el orgullo de la carne con la templanza, a fin de que, llegada la noche, podamos dar gloria a Dios por habernos conservado inmaculados durante el día. Cumplir en todo la voluntad

divina tan recta y tan justa, es el medio de hallar la vida, la sabiduría y el gozo.

Los tres salmos que contiene este oficio y que son diferentes para cada día de la semana, son la continua efusión de un corazón que ama con pasión esa voluntad divina, y que se desahoga en aspiraciones santas, testimonios de respeto y protestas de amor hacia ella. Expresan incesantemente el ardor que siente ese corazón por conformarse con los querer divinos, el deseo de verlos conocidos, amados y observados en todo el mundo, el dolor que le causan los prevaricadores y por fin su odio por el pecado.

Queremos, pues, hacer a cada instante del día la voluntad adorable de Dios, y cumplirla con gran pureza de intención. La capitula con simplicidad majestuosa nos da a conocer que el honor y la gloria no son debidos sino a Dios solo, al Rey inmortal de los siglos. El trabajo no deja de ser arduo y terribles las dificultades, por esto conjuramos a Cristo a que se levante y venga en nuestra ayuda, por el honor de su nombre, a fin de que, lejos de caer en falta alguna, todos nuestros pensamientos, palabras y obras se dirijan y enderecen al continuo cumplimiento de la voluntad divina.

*Regi saeculorum Immortali et Invisibili soli Deo,
honor et gloria.*

39.—LA REUNION EN EL CAPITULO.

Terminada la primera parte de Prima en la iglesia, la Comunidad se dirige a la sala capítular donde se reza el resto de este oficio.

Ante el pensamiento de los trabajos y sacrificios que nos aguardan durante el día, podrían empezar a desfallecer nuestras fuerzas; y por eso viene a corroborarnos la lectura del Martirologio, presentando a nuestra consideración los trabajos de los Apóstoles, la constancia de los mártires, la fe de los confesores, la pureza de las vírgenes y el heroísmo de los antiguos solitarios. Esto nos prueba que la santidad es siempre posible; la gracia de Dios sigue siendo todopoderosa y su misericordia no se ha agotado aún; nuestros hermanos del cielo han experimentado nuestras dificultades, nuestros combates y a veces hasta nuestras debilidades; ellos disfrutan ahora de una felicidad inmensa e interminable, nos muestran sus palmas y nos sostienen con sus ruegos y oraciones; y ante la multitud innumerable de esas grandes almas no se puede menos de cobrar grandes alientos para seguirlos hasta llegar a las cumbres de la santidad. Entonces damos gracias a Dios por haber coronado su santa vida con una muerte preciosa; y suplicamos a la bienaventurada Virgen y a los santos se dignen interceder ante el Señor a fin de que nos ayude y salve como a ellos.

Todos los días el invitador canta y el superior explica un pasaje de la santa Regla en el Capítulo. No podría seguramente escogerse mejor momento para ello, puesto que es ella la que va a gobernar todas nuestras acciones del día y sus méritos dependen de su fiel observancia. Esta lectura forma en algún modo parte del oficio, lo que le comunica un carácter de especial veneración. El religioso celoso escucha la explicación con espíritu de fe y de piedad. Pero él no se contenta con eso, sino que además lee con frecuencia ese librito de oro, le medita, le ama y se nutre de él.

Después de la explicación de la Regla viene de vez en cuando el capítulo de culpas, en el que los religiosos se acusan de las faltas exteriores contra las Reglas o la voluntad públicamente declarada del primer superior. En cuanto a los pecados propiamente tales, nos advierte San Benito que los reservemos para el tribunal de la Penitencia.

Terminamos el Capítulo encomendando nuestros hermanos difuntos al Dios de las misericordias, por la recitación en común del salmo «De profundis».

40.—EL TRABAJO DE MANOS.

Según el decir de los Antiguos, por un demonio que tienta al hombre ocupado, hay mil al-

rededor del perezoso. La Regla prescribe que los religiosos se dediquen a ciertas horas al trabajo manual, porque la ociosidad es enemiga del alma y acarrea muchos males.

Por otra parte el religioso es hombre y el trabajo una ley de su existencia. San Benito nos obliga a una pobreza perfecta y no quiere hacer de nosotros mendigantes; seremos verdaderos monjes a sus ojos si nos valemos de nuestras manos para tener con qué vivir y socorrer a los pobres.

Tal como lo ha comprendido nuestra Orden, el trabajo favorece admirablemente la contemplación; pues hace que descanse el espíritu y le comunica nuevas fuerzas para la oración; o mejor dicho, el silencio que le acompaña apenas permite que se interrumpa nuestra unión con Dios.

El trabajo se adapta perfectamente bien a nuestra vida de penitencia, por ser precisamente el castigo y el remedio impuestos al hombre después de su primer pecado. Constituye la expiación diaria y universal. Una razón muy poderosa es esta para que le amemos y apreciemos mucho. Dura al menos cuatro horas y no pasa jamás de seis.

Cada Orden religiosa se ha propuesto por objeto el imitar a Nuestro Señor en alguno de sus estados; muchos son los que le siguen en el trabajo de la predicación o en otros ministerios

de su vida pública; pero ¿cuál es la Orden que ha establecido por ley de su existencia el imitarle en el trabajo manual, que en unión con la oración ocuparon la totalidad casi de sus días? ¿Quién es el que literalmente gana su pan con el sudor de su rostro como lo hacía Jesús? Nuestra Orden es a quien compete semejante honor y gloria. Nosotros hacemos lo que hizo Nuestro Señor por el espacio de treinta años; trabajamos con nuestras manos como El, por vocación, por amor, con el fin de cumplir la voluntad de su Padre. ¡Oh, que nuestro estado es digno seguramente de ser envidiado! ¿Hay motivos para sorprenderse de que haya habido reyes que, dejando sus tronos, vinieran a abrazarse con nuestros trabajos, cuando vemos que el Hijo de Dios descendió del cielo a la tierra para darnos ejemplo de ello? La santa casita de Nazaret es el verdadero ideal de nuestras Comunidades: María y José trabajaban en ella juntamente con Jesús.

41.—LOS ESTUDIOS.

Según nuestras Constituciones y los Estatutos de los Capítulos generales, aunque el ministerio exterior y la enseñanza no sean el fin que se propone nuestra Orden, sin embargo, ninguno de nuestros religiosos podrá ser promovido al sacerdocio, sino después de haber hecho estudios

muy serios; y algunos de ellos son elegidos para seguir cursos más elevados en Roma. Los Superiores tienen el deber de vigilar para que los sacerdotes no descuiden jamás el estudio de la Escritura santa y de la Teología, y está mandado que se tenga al menos una vez por mes una conferencia sobre cada una de esas ciencias sagradas; y por fin para poder desempeñar como se debe ciertos cargos, es evidente que se necesitan conocimientos mayores y más profundos. Además, cada uno de los religiosos tiene necesidad de conocer bien el camino de la perfección.

Los monjes pueden disponer cada día de unas cinco o seis horas para consagrarlas al estudio; los jóvenes profesos estudiantes cursan la filosofía por el espacio de dos años y por el de cuatro la teología, para lo cual se les conceden dos horas más de tiempo libre.

En su sermón 36 sobre el «Cantar de los Cantares» nos indica San Bernardo las reglas que hay que observar para santificar el estudio. Respecto al orden que hay que guardar, quiere que cedamos el primer lugar a lo que se halla más íntimamente relacionado con la salvación; en cuanto a la aplicación, es de parecer que nos inclinemos con mayor insistencia a lo que nos hace amar más a Dios; y por lo que hace al fin, exige que no nos propongamos jamás la vanagloria, ni la curiosidad, ni ningún otro motivo

parecido, sino únicamente nuestra edificación o la del prójimo.

En los estudios que nos han sido prescritos, es preciso que atendamos con preferencia a lo necesario y a lo más útil sin detenernos mucho en cuestiones de curiosidad o de pura erudición, que sirven para apasionar las escuelas y no rezan muy bien con las exigencias de nuestra situación monástica. El monasterio no es una academia, es una escuela del servicio divino, un taller de la perfección, en el que no debemos buscar ni perseguir otra cosa que ese fin, único, sublime, e incomparable. Así lo hicieron muchísimos santos religiosos que brillaron por sus elevados conocimientos; no buscaban otra cosa que a Dios; verdad es que hojeaban mucho los libros, pero el gran maestro que consultaban a menudo y con preferencia era el Crucifijo.

42.—EL SILENCIO REGULAR.

La santa Regla exhorta con grandes instancias al monje a callar en todo tiempo, a poner un guarda a su boca, y a abstenerse aun de las buenas conversaciones por el amor al silencio.

El silencio es indispensable en el monasterio. Nos asegura las ventajas de la soledad en unión con las de la vida común, pues mientras los ejemplos de todos nos incitan al cumplimiento del deber, el silencio nos procura la paz y el

recogimiento sin el fastidio y el aislamiento absoluto; nos hace fáciles la oración, las piadosas lecturas y todos los ejercicios de la vida interior; gracias a él, el monasterio se convierte en un santuario lleno de Dios. La experiencia cotidiana confirma en unión con Sta. Juana de Chantal la verdad siguiente, a saber: Basta hacer desaparecer el silencio de nuestras Comunidades para desordenarlas, y basta el restablecer de nuevo el silencio para reformarlas. Nada hay más bello ni más edificante que un monasterio donde se guarda el silencio con amor, pues parece que brotan de él perfumes de interior sosiego y recogimiento que le obligan a uno a exclamar: «Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo». Varones piadosos que visitaban a Claraval en tiempo de San Bernardo, altamente asombrados de hallar en un valle tan poblado de gente un silencio sepulcral en pleno día, y de no percibir otro ruido que el del trabajo o del canto de las alabanzas divinas, quedaban tan impresionados que no se atrevían a proferir una palabra inútil.

El silencio no resulta menos provechoso para los miembros de la Comunidad, pues suprime los pecados de lengua y favorece la unión con Dios. Sin el silencio, la lengua curiosa e indiscreta trata de enterarse de todo y no acierta a callar; la lengua vanidosa se alaba o se excusa; la lengua altanera habla con orgullo y quie-

re decir la última palabra; la lengua desobediente prorrumpe en quejas y murmuraciones. En una palabra, la lengua es un mundo de iniquidades. Bendigamos nuestras Reglas, las que, por el freno del silencio, dominan nuestra lengua favoreciendo con ello el buen régimen de nuestro interior.

Este silencio comprende todos los ruidos capaces de turbar el recogimiento de los religiosos. Dios ha establecido su morada en la paz y el monasterio es casa de oración; es preciso, por tanto, que reinen en él la calma y el sosiego del lugar santo.

43.—TERCIA Y LA MISA MAYOR.

A eso de las ocho o de las nueve, según las diferentes épocas del año, la Comunidad se reúne en la iglesia para cantar Tercia. Este oficio es llamado la hora de la santificación, porque en este momento fué cuando bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles y dió principio a la formación de la Iglesia. Y como acción de gracias por tan singular beneficio, Tercia viene a ser, según la expresión de San Cipriano, la oración solemne del día eclesiástico.

La hora de Tercia va seguida todos los días de la Misa mayor. Esta es verdaderamente la obra de Dios, el servicio divino por excelencia; su incomparable dignidad y la solemnidad que

le atribuye la Orden, le señalan con gran ventaja el primer puesto entre todos nuestros ejercicios regulares. La Santa Misa es el acto más augusto de la Religión.

Que suba al altar el último de los sacerdotes y el más pobre, si se quiere, de talentos y de virtud, basta esto para que a su voz, cuando él quiera y según sus intenciones, se realicen los más estupendos prodigios: Sacerdote infinitamente santo, víctima bajo todos conceptos adorable, Jesús, el Hijo de la Virgen, renueva ante nuestros ojos y por nosotros, los Misterios de su Pasión. El sacrificio que El ofrece en su nombre y en el nuestro, procura a la Stma. Trinidad una gloria y un gozo infinitos, y le presenta una acción de gracias digna de los favores recibidos; la víctima adorable sale fiadora por los pecados del mundo y solicita para nosotros toda suerte de gracias espirituales y temporales.

El Cielo nos ha concedido la mejor suerte entre los individuos de la tribu levítica, llamándonos a la soledad, donde pasamos la vida entera al pie de los santos Tabernáculos, libres de los cuidados del ministerio exterior, no habiendo cosa que nos pueda alejar de los altares y pudiendo vivir una vida eucarística refiriéndolo todo a la grande acción. El canto del oficio que precede abraza los corazones; celebramos con calma y recogimiento; y en capítulos o reuniones especiales para sacerdotes, nos instruimos en

«cuanto a la letra y al sentido espiritual de las rúbricas, y reparamos las faltas en que hayamos podido incurrir a causa de la humana fragilidad. Son ventajas verdaderamente inapreciables.

Después del honor de celebrar la Santa Misa ¿puede haber mayor que el de ayudarla? El Cisterciense tiene con frecuencia este honor y esta dicha.

44.—SEXTA Y EL EXAMEN PARTICULAR

Sea a causa del cansancio o de la ocupación en los trabajos materiales, sea a causa del demonio del medio día, de quien se queja el Salmista, lo cierto es que hacia la hora Sexta, es decir, en pleno medio día, nuestro fervor, que hasta ese momento había podido mantenerse firme, comienza a flaquear y hay temores de que termine por apagarse. Y sin embargo ¿no es cosa a todas luces evidente que Dios nuestro Señor es mercedor en todo tiempo de nuestro amor y de nuestros servicios? ¿Los trabajos de la tarde no le son debidos lo mismo que los de la mañana? ¿Dejaremos perder el tiempo cuando se trata de atesorar una fortuna eterna? Pues bien; parece que en tiempo más oportuno no podía fijarse el oficio de Sexta, a fin de que reparadas las fuerzas por la oración, comencemos con nuevos bríos a trabajar, a obedecer y a sufrir.

Antes de la comida, ordinariamente después de Sexta, tiene lugar un ejercicio de corta duración, pero de suma importancia, muy recomendado por los maestros de la vida espiritual y practicado por los santos; es el examen particular. Se llama así porque se limita a una sola cosa, es decir, a corregir un vicio, a alcanzar una virtud o al ejercicio de otra práctica importante para mejor utilizarla. Demasiado débiles para luchar contra los enemigos en tropel, los dividimos a fin de ir destruyéndolos uno por uno; concentramos nuestras fuerzas sobre una sola virtud con el designio de practicarla con mayor vigor y perseverancia; nuestras energías unidas cobran mayores fuerzas, mientras que divididas se debilitarían.

Este ejercicio se practica tres veces al día; por la mañana, al mediodía y a la tarde. Por la mañana, en el primer momento libre, en el que toma el nombre de examen de previsión porque entonces se preven las ocasiones favorables y las dificultades con que se podrá tropezar; el alma toma pues sus medidas como en la mañana del día en que se ha de dar la batalla, a fin de asegurarse el feliz éxito de la victoria.

En medio de la jornada tiene lugar el examen de discusión. Se confronta la conducta observada durante la mañana con las intenciones formadas en el examen de previsión y se toman las resoluciones convenientes para la tarde.

El tercer examen se hace al fin de la jornada. Del mismo modo que al mediodía, se averiguan los olvidos y las negligencias. Se termina con un acto de contricción, con un propósito firme de enmienda y con la imposición de una penitencia proporcionada a las faltas.

45.—LOS AYUNOS.

Habiéndolo comprobado la experiencia que los ayunos prescritos por San Benito en su Regla exceden las fuerzas de los hombres de nuestra época, la prudencia de los Superiores creyó conveniente moderarlos, reduciéndolos poco más o menos a las mismas condiciones, que los ayunos generales de la Iglesia, obtenida la previa aprobación de la Santa Sede. Nuestra abstinencia y nuestros ayunos no dejan de ser una elocuente predicación para la molicie del mundo, que se horroriza al solo nombre de la penitencia.

Es un hecho que no tiene réplica: una multitud de religiosos, de toda edad y viviendo en muy diversos climas, traspasan los límites ordinarios de la vida en medio de las austeridades del claustro, donde muchas veces encuentran un vigor y una lozanía, de que jamás disfrutaron entre las comodidades y abundancia del mundo. La penitencia no acelera la muerte; por el contrario, la sobriedad es la madre de la salud. Hombres de complexión delicada se encuentran muy bien

en medio de nuestras privaciones, mientras que las delicias y la saciedad engendran enfermedades, contra las cuales la medicina se reconoce impotente.

El trabajo, el ayuno y el espíritu de pobreza son la riqueza del monje; sin ellos, ninguna de nuestras casas podría subsistir; con ellos, aun siendo muy numerosas las Comunidades, pueden mantener las obras de caridad y socorrer las necesidades de los pobres. Es un gran motivo de consuelo para nosotros el aliviar las miserias de una muchedumbre de necesitados, de consolarlos protegiéndolos bajo las alas de la religión, de reconciliarlos con Dios, con la sociedad y a veces hasta con la vida. Ahora bien; todo esto es fruto de nuestras privaciones; los ahorros de la mortificación vienen a convertirse en tesoro de la caridad.

El ayuno tiene todavía otras ventajas. ¿Quiere una alma curar sus llagas y reparar las injurias hechas a Dios? Recorra a las penitencias corporales y de un modo especial al ayuno. No hay otra austeridad comparable al ayuno para reprimir las malas inclinaciones del cuerpo y apagar los ardores de la tentación.

En fin, no es el menor elogio que podemos hacer de nuestros ayunos, el decir que se hermanan muy bien con nuestra vida de oración, a quien le prestan un doble servicio; pues desprendiendo en primer lugar al alma de los sentidos la per-

míten elevarse con más libertad hacia Dios, y en segundo lugar purificándola y hermoseándola con virtudes, atraen hacia sí a Aquel a quien le gusta apacentarse entre los lirios.

46.—LAS COMIDAS.

Dios, poseído por el alma en amorosa unión, es el festín delicioso y el celestial maná del que querría un religioso alimentarse hasta la saciedad en el altar, en el coro, en la oración, en las piadosas lecturas, en todos los lugares y en todos los momentos. Sin embargo, hay que tratar de alimentar también nuestro pobre cuerpo: necesidad humillante, peligrosa, difícil de ser sobrenaturalizada, y de la que no se puede prescindir.

La entrada en el refectorio presenta un carácter de gravedad y recogimiento, que atrae al pensamiento el recuerdo de una iglesia. Un lavabo se encuentra cerca de la puerta: nos lavamos ligeramente las manos en él, más que por espíritu de limpieza, por aprender, mediante esta acción simbólica, cómo el religioso debe ir acompañado de la pureza del espíritu y de corazón en el refectorio como en otras partes.

La comida en común nos recuerda los ágapes fraternales de los primeros cristianos. Nos presentamos con los hábitos de coro; pues, en efecto, debemos hacer oír cantos de bendición y de

acción de gracias, inmolar en la mesa, como sobre un altar, los caprichos de la sensualidad, alimentar nuestra alma con el pan de la palabra divina y observar una porción de ceremonias. Estas comunican a la comida una cierta solemnidad; pues en realidad no son otra cosa que modales de la caridad, de la humildad y de otras virtudes religiosas.

El hombre no vive solamente del pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. La lectura que se hace en la mesa satisface a esa necesidad de nuestra alma; pues le suministra una refección espiritual y la mantiene por encima de los alimentos corporales.

Se termina la comida con la acción de gracias, la cual corona los buenos sentimientos y repara los defectos que se hubieren podido cometer.

Cada religioso cumple por turno las funciones de servidor de mesa. Es un oficio de caridad que no carece de trabajo y de sujeción. El domingo, después del oficio de la noche, se piden los sufragios de la Comunidad con el fin de obtener la gracia de cumplir estas funciones con fe y con devoción respecto de sí mismo, y con caridad y edificación para sus hermanos.

Terminamos este oficio el sábado con el lavatorio de los pies, llamado «Mandatum», imitando de este modo al divino Maestro en una de las acciones más conmovedoras de su vida.

47.—LA SIESTA Y EL OFICIO DE NONA.

Durante la sazón del estío las noches son cortas y después de los trabajos de la mañana se experimenta la necesidad de dormir en las horas más calurosas del día. Movido por estas dos razones, San Benito, siempre discreto, aunque sin dejar de ser austero, concede a sus religiosos la siesta, designando para el reposo tanto tiempo cuanto ha cercenado al sueño de la noche. Además deja a disposición de cada uno el libre empleo de esta hora, mostrándose así benévolo y complaciente con los deseos de piedad y mortificación, o bien con el temor de que el sueño de día resulte nocivo al de la noche que es más necesario. Cada uno emplea, pues, este tiempo según le pareciere más útil y conveniente. Generalmente, después de una corta experiencia, se llega a la conclusión práctica de atenerse simplemente a la Regla, es decir, de dormir durante la siesta, pues para eso se concede.

La hora regular del oficio de Nona es aquella en que murió nuestro Señor sobre la Cruz. El texto litúrgico nos sugiere consideraciones muy útiles. El sol se dirige hacia el ocaso y nuestra existencia se encamina igualmente hacia su fin. Señor, que dirigís las variaciones del día y a pesar de eso permanecéis inmutable en vos mismo, dadnos al fin de nuestra vida la luz que nunca se apaga, es decir, la gloria eterna, que es

la recompensa de una santa muerte. Verdad es que no nos veremos libres todavía del cansancio del trabajo, del peligro de las tentaciones y de la amargura de los padecimientos; pero también es verdad que no tardará en llegar el momento en que, como los hebreos, cambiaremos la tierra del destierro por la verdadera patria, y entonces nuestro corazón se regocijará, nuestros labios cantarán, y todos los pueblos dirán: El Señor ha hecho grandes cosas por ellos. Si, El ha hecho grandes cosas sobre todo por sus religiosos. Van sembrando en medio de las fatigas, continúan y continuarán sembrando, pero llegará un día en que se presentarán llenos de alegría a ofrecer al Señor los manojos de sus santas obras.

Procuraremos que sean estos nuestros sentimientos, y el astro del día, al retirarse, nos instará a que empleemos santamente las últimas horas que nos restan. Ojalá pudiéramos encontrarnos al fin de la vida con que hemos cumplido felizmente nuestros deberes y hemos ganado el salario.

48.—LOS INTERVALOS.

Llamamos así al tiempo que no está consagrado al oficio divino ni al trabajo manual; es un tiempo libre de una duración de cinco a seis horas por día, y que cada cual emplea, o estu-

diando, u orando, o leyendo. Cada intervalo puede considerarse como un festín delicioso, en el que el alma se nutre de Dios, ya buscándole en el estudio, ya hablándole en la oración, ya escuchándole en las santas lecturas. En el número 41 hemos expuesto la manera en que debe aplicarse un Cisterciense al estudio.

La oración privada es una verdadera necesidad para el monje. Sale del oficio divino deliciosamente confortado, mas no saturado; siente todavía ganas de orar. Después del trabajo manual, se apresura a ir a engolfarse en Dios y a estar a **solas** con él. La meditación, la oración afectiva y hasta quizás la contemplación forman sus delicias; es una santa comunicación y trato de amistad divina, en la que el espíritu se ilustra, el corazón se abrasa, la voluntad se ofrece y la gracia desciende a torrentes sobre las generosas resoluciones. En el santo Tabernáculo, que se halla a dos pasos, el soberano Maestro, la Alegría del cielo, el Amado de su Alma, esta presente y le llama; va muchas veces a contemplarle, a anonadarse delante de él, a amarle, a alabarle y a derramar su corazón en el de Jesús; son tantas las cosas que se tienen que decir. Va también a ofrecer sus homenajes a su dulcísima Madre del cielo, honra a los santos y deposita también algunas plegarias sobre las tumbas de nuestros muertos, a no ser que tenga

que ir a visitar a sus superiores y consultar a Dios en sus personas.

En fin, una parte de los intervalos se dedica a las lecturas piadosas. Los buenos libros ponen a nuestra disposición la ciencia de los doctores, la experiencia de los santos y hasta la sabiduría del mismo Dios. Nos muestran la manera de corregir los vicios, el secreto de adquirir las virtudes y los caminos que conducen a la perfección. Ellos instruyen, reprenden y alientan; y como un admonitor discreto, nos presentan un espejo en el que echamos de ver las faltas que tenemos y los progresos que debemos hacer aun en la virtud. En una palabra, son unos excelentes amigos, y se gana mucho en frecuentarlos.

49.—VISPERAS Y LA ORACION DE LA TARDE.

La obediencia ha dado una parte del día a la acción; un poquitín antes de Vísperas nos llama a la contemplación. A excepción de la Cuaresma, en la que este oficio se reza a las once, el monje ha terminado ya para este tiempo los trabajos del día, no le queda otra cosa que hacer sino orar y por eso cifra su dicha en permanecer a los pies de Jesús, hasta que llegue el momento en que por disposición de la Re-

gla tenga que ir de nuevo a ejercer el oficio de Marta.

El oficio de Vísperas va seguido de un cuarto de hora de oración. Poca cosa es en comparación de lo que se hace en las otras Ordenes, pero es conforme a nuestra santa Regla, que quiere que la oración hecha en comunidad sea corta, a fin de que los débiles no se desanimen y los fuertes queden con ganas de hacer más. Por lo demás, nada nos puede impedir, si queremos, el prolongar nuestra oración en los últimos intervalos de la tarde y en los primeros del día siguiente; nuestro bienaventurado Padre nos lo aconseja, el recogimiento de esas horas nos invita a ello como naturalmente, y además se experimenta un consuelo muy especial en consagrar al Señor la parte del tiempo, que media entre el día y la noche, con el fin de terminar santamente lo uno y de atraer las bendiciones del cielo sobre lo otro.

Es una práctica muy apreciada de todos los corazones, la de hacer al menos todos los días una visita a Jesús Sacramentado. Verdad es que la obra de Dios nos lleva siete veces a la iglesia; pero esta obligación, que constituye nuestra tarea oficial y nuestro regular servicio, aun cumplida con toda la devoción posible, no puede considerarse en rigor como un homenaje espontáneo. El corazón del religioso siente la necesidad de ofrecer al Divino Cautivo de nuestros Taber-

náculos una prueba de sus sentimientos personales, de reconocimiento y de amor. El intervalo que precede al Oficio de Vísperas es ordinariamente el consagrado en parte a esta visita. En circunstancias apremiantes o en caso de necesidad puede darse a la oración de la tarde la forma de una visita al Stmo. Sacramento. Por lo demás para todos los religiosos es una ocupación tan fácil como agradable la de desahogarse de corazón a corazón con el divino Maestro! Por poco que hayamos comprendido su grandeza, su hermosura, su amor, sus misericordias, tendremos tantas cosas que decirle! Pues qué ¿no es El todo para nosotros?

50.—EL OFICIO DE COMPLETAS Y EL ACOSTARSE.

Un cuarto de hora antes de Completas la Comunidad se reúne en la sala Capitular para escuchar en ella una lectura. La familia religiosa, esparcida según las exigencias de los diferentes trabajos, se reúne toda entera en este momento para oír la palabra del divino Maestro. Es él quien nos habla siempre en las lecturas piadosas; mas esta de ahora, atendidas las circunstancias, reviste un carácter más sagrado que le abre las puertas de nuestros corazones y los dispone a ofrecer a Dios los últimos homenajes de la jornada.

Después de la lectura viene el Oficio de Completas, que se reza en la iglesia. Es el último oficio del día, el que debe coronar el bien que se ha practicado en los otros, o reparar las faltas que en ellos se hubieren cometido. Los salmos de Completas expresan de un modo muy propio los afectos que convienen a esta hora. El primero es un salmo de reconocimiento, el segundo trata de la confianza y el tercero de la unión con todos los servidores de Dios, que tendrán la dicha de cantar sus alabanzas durante la noche. El himno y lo que le sigue forman una excelente oración para implorar el auxilio divino.

Nuestra jornada comienza en la iglesia por los Maitines del Oficio Parvo de la Stma. Virgen; y se termina con las Completas del mismo Oficio y con el canto de la Salve. La Orden del Císter ha querido mostrar una devoción tiernísima a la Madre de Dios, ofreciéndole cada día este público homenaje de nuestro primer y último pensamiento. Hay razones muy especiales que hacen sumamente recomendable a nuestra piedad la antífona de la Salve. La Iglesia universal debió recibirla de la Orden del Císter, y la Orden del Císter de San Bernardo, que fué quien completó esta oración con las tres exclamaciones con que se termina. Nada tiene de extraño, por tanto, el que en nuestra Orden se cante con tanta solemnidad esta bendita Antífona. Después de

la Salve se dedican algunos minutos al examen de conciencia.

Se da fin a la jornada del día en nuestros monasterios con una ceremonia muy conmovedora: el primer Superior, el representante de Dios, derrama sobre cada religioso el agua bendita; nosotros le recibimos con sentimientos de arrepentimiento y de confianza, y subimos luego al dormitorio entretenidos con esos piadosos sentimientos.

CAPITULO SEXTO

El Apostolado en la Vida Cisterciense

Zelo Zelatus sum pro Domino Deo exercituum (III Reg .19. 14).

Estoy devorado del celo por el Señor Dios de los ejércitos.

Libentissime impendam et super impendar ipse pro animabus vestris (II Cor., 12, 15). Con sumo gusto me sacrificaré y volveré a sacrificarme todo cuanto soy por vuestras almas.

SUMARIO

51. El Apostolado de la oración.—52. Apostolado por la reparación.—52. Apostolado del ejemplo.—54. Apostolado por la limosna.—55. Apostolado por la palabra.

51.—APOSTOLADO DE LA ORACION

El monje no ha sido llamado por Dios a la vida del claustro únicamente para asegurar su salvación y trabajar en su santificación personal. El monje Cisterciense es también apóstol. Debe, puede y quiere contribuir por su parte y

en escala considerable a la conversión de los pecadores, al adelantamiento de los justos y a la edificación del cuerpo místico de Jesucristo.

¿Cómo puede realizarse esto? De muchas maneras, y en primer lugar por la oración. En efecto; para convertir y llevar las almas hacia Dios, la acción sola es insuficiente, la palabra humana sólo es impotente. Para hacer eficaces esos medios, es preciso que los acompañe la gracia de Dios. Esta gracia todopoderosa, fecundando los esfuerzos del hombre de acción y las palabras del predicador, les comunica el poder inmenso de penetrar en las almas y de transformarlas.

Mas ¿cómo se podrá obtener esta gracia? Por la oración. «La oración, dice Lacordaire, es el acto que pone las fuerzas del cielo a la disposición del hombre». Sí, es ella quien abre las arcas y los depósitos de la munificencia divina, es ella quien atrae sobre el mundo las aguas bienhechoras y santificadoras, sin las cuales la semilla arrojada a manos llenas por los obreros evangélicos no produciría fruto alguno.

Por esto la Iglesia impone a sus sacerdotes el deber diario de la oración pública, y les invita además a hacer todo lo posible para añadir a la oración pública la privada. Desgraciadamente, sobre todo en nuestros días, los pastores de almas se hallan tan atareados de obras y trabajos que es bien poco el tiempo que les queda para consagrarlo a la oración.

Esta es la razón por la que Dios ha levantado al lado del clero seglar y de las Ordenes activas, las Ordenes monásticas encargadas oficialmente de cubrir el déficit de la oración y de atraer así sobre los sacerdotes y sus trabajos la abundancia de las bendiciones celestiales.

«¡Cuán hermosa es nuestra oración! exclamaba la Venerable Sor Teresa del Niño Jesús; es a nosotros a quienes pertenece el conservar la sal de la tierra. Nosotros ofrecemos nuestras oraciones y sacrificios por los Apóstoles del Señor; nosotros mismos debemos ser sus apóstoles, mientras ellos con su palabra y ejemplo tratan de salvar las almas de nuestros hermanos».

52.—APOSTOLADO POR LA REPARACION

El pecado viola los derechos que el Criador tiene sobre su criatura. El pecador roba a Dios la gloria que le es debida, le injuria y le ultraja. Esta injuria y este ultraje exigen con todo el rigor de la justicia una reparación, o forzosa mediante el castigo, o espontánea mediante la penitencia voluntaria. Esta última se propone sin duda alguna, como su primer objetivo la restitución de los derechos menospreciados de Dios, pero en segundo lugar se propone también y obtiene un otro resultado, a saber, la salvación de los pecadores.

Reparar el ultraje infligido a la majestad y

bondad de su Padre celestial, en un cristiano es una necesidad del corazón. Llevado de su amor hacia Dios siente vivísimamente la injuria hecha al Soberano Bien y exclama con el Salmista: «*Opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me*». Los ultrajes de los que osan insultaros han caído sobre mí (Salm. 68, 10). Y animado de su celo, quisiera procurar a Jesús toda la gloria que los hombres le rehusan.

Pero está también preocupado por la suerte de los pecadores; implora, por tanto, el perdón de los culpables, detiene el brazo de la justicia divina, obtiene gracias de conversión, consiguiendo de este modo que vuelvan al buen camino las almas extraviadas y se entreguen con toda generosidad al amor y al servicio de Dios nuestro Señor.

El Cisterciense ha llegado a comprender de un modo especial la fuerza expiadora y redentora del sufrimiento y del sacrificio, y consiguientemente procura inmolarse cada día con el fin de reparar los pecados del mundo y salvar las almas de sus hermanos. Considera como dirigidas a sí aquellas palabras del Señor: He andado en busca de un hombre que levantara una defensa o una barrera entre mí y la tierra, a fin de que yo no la destruyera. «*Quaesivi de eis virum qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra!*». (Ezeq., XXII, 30). Pues bien; el Cisterciense será este hombre de buena

voluntad que, haciendo una dulce violencia a la justicia divina, alcanzará el triunfo de la misericordia.

Si no se rogara, dice el Venerable P. Eymard, si no hubiera almas que se inmolaran en unión con nuestro Señor a favor de los pecadores, la voz de los misioneros no sería otra cosa que metal que suena o campana que retiñe.

53.—APOSTOLADO DEL EJEMPLO

Tratando de esta materia, el autor del libro titulado «El Alma de todo Apostolado» recuerda que el Cristianismo debió su propagación, más que, a largas y frecuentes discusiones, al espectáculo de las costumbres cristianas tan opuestas al egoísmo, a la injusticia y a la corrupción de los paganos. Menciona los sucesos de Fabiola, cuya historia escribió el cardenal Wiseman. Esta ilustre romana, todavía pagana, llenóse de admiración a la vista de los nobles sentimientos y de las virtudes modestas o heroicas que ella veía relucir en ciertas personas de toda clase y condición. Terminó por descubrir que todos aquellos cuya caridad, abnegación, dulzura, justicia y castidad tanto la entusiasmaban, pertenecían a la secta de los cristianos, tan detestada por ella. Desde este momento se convirtió y llegó a ser (más ilustre aun por su piedad que lo era por su nacimiento).

El monje Cisterciense es verdaderamente apóstol por su vida toda de penitencia y de oración, consagrada únicamente a amar, servir y glorificar a Dios.

Ante el lujo desenfrenado, la sed de oro, la corrupción y espíritu de rebelión desencadenados hoy día sobre el mundo, el monje del Císter enseña y propone el ideal y la felicidad de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Su vida voluntariamente trabajosa y alegremente mortificada recuerda a todos la ley del trabajo y la necesidad de la penitencia; ella demuestra a todos que el trabajo, lejos de ser una deshonor y una servidumbre, eleva y ennoblece al que a él se entrega; que la penitencia es una suerte de pureza, de energía y de valor moral al mismo tiempo que de perfección sobrenatural y de unión con Dios; que tenemos allá, en las alturas, entre los esplendores del cielo, una morada permanente, una patria bienaventurada, hacia la cual debe tender todos los días el cristiano. En un Cisterciense, todo predica abnegación y amor de Jesucristo; en él todo enseña, exhorta, mueve y alienta a desprenderse del mundo y de sus falsos bienes, a unirse con su Dios Salvador y a amarle sin reservas y sin medida. He aquí cómo el Cisterciense santifica las almas por el apostolado del buen ejemplo.

54.—APOSTOLADO POR LA LIMOSNA

La vida laboriosa y mortificada del monje Cisterciense le proporciona medios de ejercer un otro apostolado; el apostolado por la limosna. Después de haber dado a los pobres el ejemplo del trabajo, da a los ricos el de una caridad pronta y generosa. Trabaja para vivir como un pobre y lo que le sobra lo destina a los pobres y a las buenas obras.

Hoy día hay tantas miserias que aliviar; después de una guerra tan desastrosa, hay tantas ruinas que levantar, tantas obras que sostener, tantas iglesias, tantas escuelas, tantas casas de caridad que construir o restaurar. Es el Abad, quien en nombre de la Comunidad está encargado de distribuir en limosnas lo sobrante del monasterio; pero el monje a su vez puede considerarse feliz por cuanto con su actividad en el trabajo y con su espíritu de orden y pobreza puede contribuir a poner los superiores en estado de multiplicar sus larguezas y ampliar el campo de su beneficencia sobrenatural. Contribuye además, no solamente por sus oraciones y penitencias, sino también por los socorros sabia y prudentemente distribuídos, al consuelo y alivio de los desdichados, a la conversión de los pecadores y a la extensión del reino de Jesucristo.

No hay que olvidar por otra parte lo mucho

que sirven estas obras para aumentar los méritos de su vida de oración y sacrificio.

En efecto; a causa de estas limosnas, sus súplicas y penitencias revisten mayor poder sobre el corazón de Dios y mayor eficacia para atraer sobre el mundo perdones y gracias del cielo. Dios se complace en realizar los deseos de almas generosas que por su amor y a honra suya derraman sin medida los bienes supérfluos en el seno de los pobres. «Haz limosna de tus bienes, decía Tobías a su hijó, y no apartes tu rostro de ningún pobre: con esto conseguirás que la mirada del Señor tampoco se aparte de ti». (Tob., IV, 7). «Parte tu pan con el hambriento, dice el Señor; entonces tú invocarás y Dios te escuchará; tú clamarás y él dirá: heme aquí» (Isaías, cap. 58, vers. 7 a 9). En tanto grado es esto verdad, que el Señor agradece como hechos a su persona los beneficios y favores prestados a los más pequeñuelos de entre sus hijos.

55.—APOSTOLADO POR LA PALABRA.

Aunque el religioso Cisterciense no ejerza el ministerio de la predicación, no por eso está excluído del apostolado por la palabra. La Regla le permite recibir de vez en cuando la visita de los miembros de su familia, y en esos momentos sabe él, sin hacerse importuno, mezclar con acierto y amabilidad algunas palabras sobre

cosas espirituales, inspirarles los grandes pensamientos de la fe, y avivar el amor de su santificación y el celo por la salvación del prójimo.

Algunos religiosos pueden ejercer este apostolado en esfera de mayor extensión, como son el R. P. Abad y el P. Económico; quienes, por motivo de sus funciones, tienen ocasión de mantener frecuentes relaciones con las personas de fuera. A este número pertenece también el Padre Hospedero, el cual, encargado como está de recibir y acompañar a los visitantes y forasteros tiene buen cuidado de dirigirles oportunamente algunas palabras de edificación. Otro tanto hay que decir del Religioso designado por el Superior para dirigir a los ejercitantes. Las casas cistercienses están abiertas de par en par a los sacerdotes y hasta seculares que desean hacer en ellas los ejercicios espirituales por espacio de algunos días.

El Papa Pío X llamaba a esta clase de ejercicios practicados en clausura la obra providencial entre todas. Tres días y más de calma en la soledad con Dios, y de sólidas reflexiones sobre las grandes verdades; tres días empleados en excitarse al bien, en tomar resoluciones generosas y en organizar su vida en vista de la santificación personal y de un servicio más efectivo de Dios y del prójimo; no hay cosa que pueda contribuir más, según lo demuestra la experiencia, a purificar, fortificar y transformar las al-

mas de buena voluntad. No hay para qué decir por otra parte que un sitio pintoresco, el retiro monástico todo impregnado de piedad y de lo sobrenatural, y la asistencia a los oficios cantados por los monjes disponen muy bien a las almas para recibir las saludables impresiones de la gracia. Pero durante estos días de bendición los ejercitantes tienen necesidad de ser dirigidos y sostenidos; pues bien, un religioso dedica a esta buena obra algunas horas cada día, ya dirigiendo a las almas palabras de salud, ya ayudándoles a levantarse o bien a lanzarse con nuevo ardor en los caminos de la perfección y del amor de Dios, de la Iglesia y de las almas.

INDICE

CAPITULO PRIMERO

Lo que es la Vida Cisterciense.

	<u>Página.</u>
1.—Vida de sentidos.	6
2.—Vida de razón	8
3.—Vida espiritual.	10
4.—Vida espiritual (continuación): Vida de amor.	12
5.—Vida espiritual (continuación): Vida de sacrificio.	14
6.—Perfección de la vida espiritual.	16
7.—La perfección de la vida espiritual y el religioso.	18
8.—La perfección de la vida espiritual y el Cisterciense: Contemplación y penitencia.	20
9.—La perfección de la vida espiritual y el Cisterciense (continuación) Devoción para con la Stma. Virgen.	22
10.—La perfección de la vida espiritual y el Cisterciense (continuación): Amor a la Santa Sede.	24

CAPITULO SEGUNDO

Del Aspirante a la Vida Cisterciense.

11.—La entrada en el Monasterio.	26
12.—La entrada en la Comunidad.	28
13.—La toma de hábito.	30

CAPITULO TERCERO

La Formación a la Vida Cisterciense.

14.—Formación intelectual.	33
15.—Formación moral.	35

16.—Formación moral (continuación): Buscar a Dios.	37
17.—Formación moral (continuación): Buscar a Dios verdaderamente.	39
18.—Formación moral (continuación): Celo por el servicio divino.	41
19.—Formación moral (continuación): Celo por la obediencia.	43
20.—Formación moral (continuación): celo por las humillaciones.	45
21.—Los últimos días del noviciado.	47

CAPÍTULO CUARTO

La profesión de la Vida Cisterciense

22.—Ceremonias de la Profesión temporal.	50
23.—Ceremonias de la Profesión solemne.	52
24.—Los votos en general.	54
25.—El voto de obediencia.	56
26.—El voto de pobreza.	58
27.—El voto de castidad.	60
28.—El voto de estabilidad.	62
29.—El voto de conversión de costumbres.	64

CAPÍTULO QUINTO

Un día de la Vida Cisterciense.

30.—Los ejercicios cotidianos.	67
31.—El levantarse	68
32.—El oficio parvo de la Santísima Virgen:	70
33.—La oración: sus ventajas.	72
34.—La oración: su práctica.	74
35.—El oficio canónico general.	76
36.—El oficio canónico: maitines y laudes.	78
37.—La santa comunión.	80
38.—El oficio de prima.	82

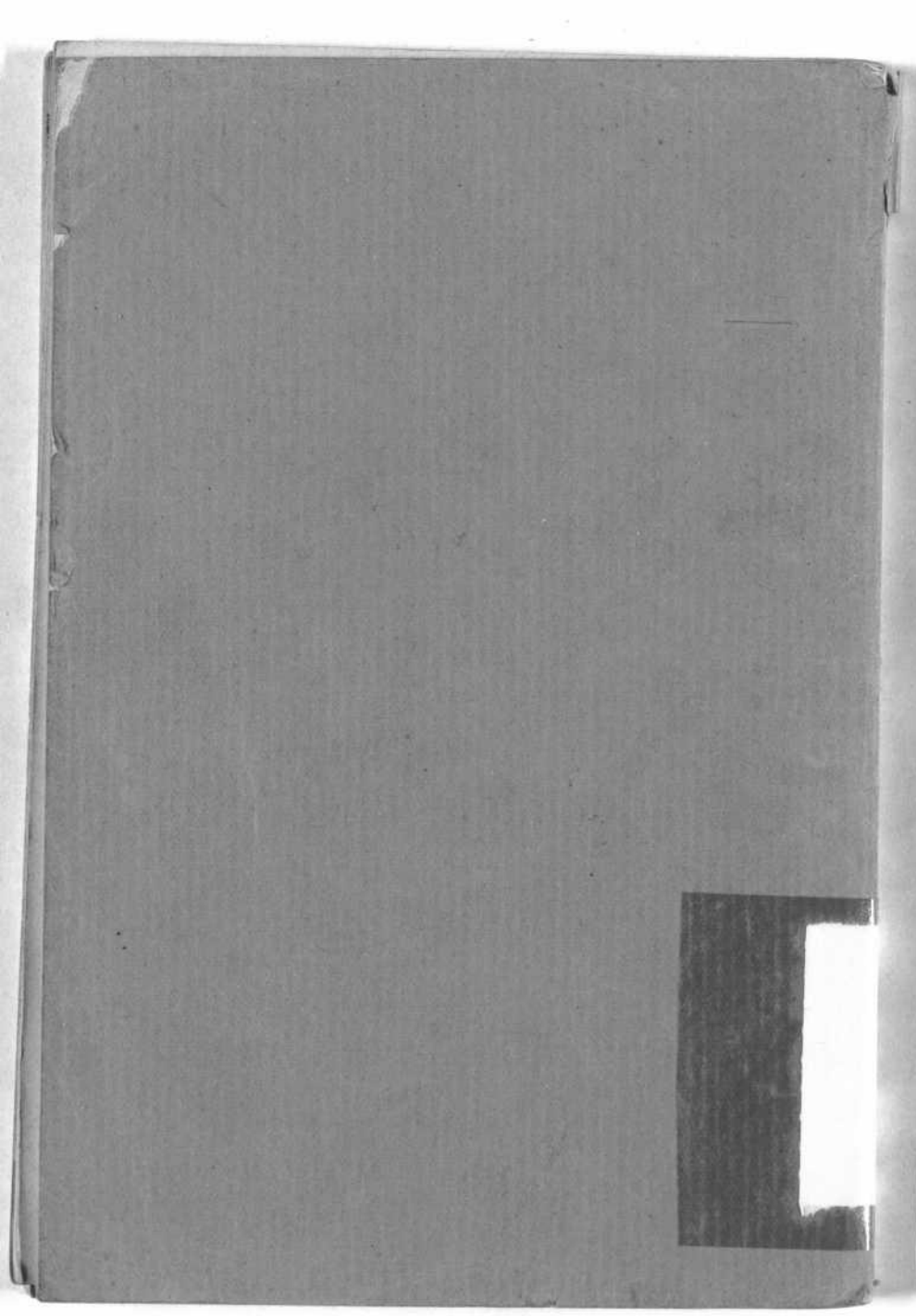
Página.

39.—La reunión en el capítulo.	84
40.—El trabajo de manos.	85
41.—Los estudios.	87
42.—El silencio regular.	89
43.—Tercia y la misa mayor.	91
44.—Sexta y el exámen particular.	93
45.—Los ayunos.	95
46.—Las comidas.	97
47.—La siesta y el oficio de nona.	99
48.—Los intervalos.	100
49.—Vísperas y la oración de la tarde.	102
50.—El oficio de completas y el acostarse.	104

CATITULO SEXTO

El Apostolado en la Vida Cisterciense

51.—Apostolado de la oración.	107
52.—Apostolado por la reparación.	109
53.—Apostolado del ejemplo.	111
54.—Apostolado por la limosna.	113
55.—Apostolado por la palabra.	114



G
-
G
G
G
G